

«LA LLANURA»

Por: *Eduardo Gallego Arjona & Guillem Sánchez i Gómez*

Publicada originalmente en la revista BEM nº 65 (otoño de 1998)

* * * * *

1

El espacio siempre había estado vacío, tan sólo surcado por fotones y haces de neutrinos, en su eterno viaje hacia ninguna parte. Tal vez llegaran al ojo de algún ser pensante, dedicado a observar las estrellas, allá arriba, sumido en profundas reflexiones; tal vez no, y vagaran por siempre entre abismos de materia oscura.

De repente, se hizo la luz. Fue un breve relámpago, seguido de un destello de taquiones de baja energía. Al instante siguiente, la nave estaba allí. Tras un microsegundo de desorientación, sus ordenadores tomaron puntos de referencia y la encaminaron con seguridad hacia su destino.

La nave era grande, y había sido diseñada para matar y someter. A una velocidad de $0,5 c$, se dirigió hacia una débil mota que brillaba amarillenta, cuyo tamaño aumentaba imperceptiblemente a cada momento. Poco a poco, sus rasgos fueron esbozándose bajo la mortecina luz de las estrellas.

A lo largo de cuatro kilómetros de domos, habitáculos, silos de armas y motores, la vida parecía renacer. Múltiples antenas surgían de sus escondrijos, buscaban y llamaban, y los reflectores se encendían con toda su potencia, desvelando las barras y estrellas que orlaban las insignias de la Armada Imperial. El nombre *ESC - COURAGEOUS *** HBS-64* refulgía con letras doradas, destacando sobre lo demás. La nave se sentía orgullosa de sí misma; sabía que nadie podía oponérsele, y lo demostraba exultante.

El acorazado imperial de última generación atravesó la Nube de Oort del sistema. Sus luces arrancaron destellos a un planetóide helado, que tuvo su momento de gloria, brillando como un diamante de millones de facetas. El instante pasó, y la oscuridad volvió a reinar sobre el cuerpo celeste. Sin embargo, había recibido un imperceptible tirón gravitatorio, justo lo necesario para precipitarlo hacia el sol, donde se convertiría en un cometa de enloquecida cabellera, dentro de algunos siglos.

La *Courageous* se aproximó a una de las maravillas del sistema, aunque los ordenadores militares carecían de criterios estéticos para apreciar su belleza. Dos gigantes gaseosos, cada uno con su cohorte de satélites y asteroides, ejecutaban uno alrededor del otro una danza inmemorial. Las bandas amarillas, rojas y ocres que corrían paralelas al ecuador parecían marcar el compás. Varios satélites, torturados por las fuerzas creadas por ambos colosos, vomitaban su interior a través de furiosos volcanes, en un paisaje rojo, como de sangre.

La nave tenía un objetivo claro que cumplir, y lo hizo según el plan previsto. Fue dejando tras de sí múltiples vehículos auxiliares, encargados de montar los perímetros defensivos y de sembrar de minas el sistema. Después se dirigió sin vacilar hacia el segundo planeta, una bola azul y blanca escoltada por tres grandes lunas. Con pericia nacida de la experiencia, la *Courageous* acopló sus vectores a los del planeta y aparcó en una órbita estacionaria sobre el principal núcleo habitado, una ciudad de ochocientos mil almas. Había llegado a su destino.

2

El comandante del acorazado imperial *Courageous* apartó la vista de los monitores, en los cuales el planeta τ -Draconis-2, bautizado como Galadriel, giraba perezosamente; gran parte de su superficie quedaba oculta por nubes blancas, que se arremolinaban en complicados torbellinos. Se dirigió hacia una pantalla vecina, donde aquel mundo había quedado reducido a una esfera amarilla, en la que se realzaban los meridianos, paralelos, continentes y, sobre todo, los puntos donde habrían de ser lanzadas, en caso necesario, las bombas AM¹ que reducirían al planeta a una bola estéril. Sonrió satisfecho; todo estaba bajo control. Llamó a su segundo.

- ¿Sí, milord? -el joven era carne de Academia, en su más puro estilo: apuesto, fornido, competente, servicial y con deseos de progresar en el escalafón.

- ¿Restos de asentamientos o naves de la Corporación? -preguntó, sin ceremonias; siempre le gustaba ir directo al grano.

- Nada, milord. De acuerdo con los bancos de datos, el sistema τ -Draconis quedó aislado en tiempos del Desastre, cuando se perdió toda la tecnología MRL². No obstante, mantuvieron el comunicador cuántico³ operativo, y nunca perdieron por completo el contacto. Por lo que se deduce de sus mensajes, la sociedad retrocedió a una fase preespacial, con escasos progresos desde entonces. Obtienen su energía mediante generadores eólicos y estaciones solares orbitales, y la economía es estable. Tan sólo disponen de algunas lanzaderas, que les ayudan en tareas de reparaciones de satélites artificiales; ni siquiera han fundado colonias lunares. No son rivales para nuestra tecnología, netamente superior, milord.

- Así me gusta -el comandante estaba realmente complacido-. Puede iniciarse la ocupación, y la ejecución de la tarea que nos fue asignada.

- A sus órdenes, milord -el joven saludó marcialmente y se fue.

3

El comandante Lord Lincoln Pizarro Drake Vespasianus Ajax Filstrup III se había retirado a sus habitaciones, pero era incapaz de conciliar el sueño. La responsabilidad de su misión, así como la peculiar naturaleza de ésta, no contribuían precisamente a su paz espiritual.

Lord Filstrup tenía una mentalidad militar a la antigua usanza; para él, todo se reducía a invadir, conquistar y sojuzgar. No en vano cada uno de los nombres que antecedían a su apellido había sido ganado en acciones de guerra. Todavía recordaba con cariño las ceremonias en que el Virrey, delegado de Su Bendita Majestad Imperial, se los había impuesto. Pocos mandos militares podían presumir de una carrera tan brillante como la suya, con tal cantidad de mundos sometidos. El hecho de que los acorazados imperiales, repletos de tropas de élite y armas atómicas, normalmente batallaban contra indígenas armados con piedras, flechas y, en el mejor de los casos, escopetas, no era mencionado por nadie. Por eso, le costaba entender el berenjenal en el que sus superiores lo habían metido. Se tumbó en la cama sin molestarse en retirar las

¹ Uso de la antimateria con fines militares: una masa de anti-helio es mantenida en un campo estático, liberándose en el momento del impacto y provocando una espectacular explosión.

² Más rápido que la luz.

³ Sistema de transmisión instantánea de información entre una pareja de transmisor y receptor adecuadamente sintonizados. La distancia no influye de forma apreciable en la calidad de la señal. El funcionamiento del aparato ignora la teoría de la relatividad y viola el principio de la causalidad; miles de científicos han demostrado su imposibilidad teórica, pero los militares, habitualmente prosaicos, lo distribuyeron ampliamente por todo el espacio humano.

sábanas y reflexionó sobre el devenir de los acontecimientos históricos, para tratar de buscarle un sentido a todo aquello.

Cuando el Supremo Hacedor creó el universo, puso a todos los seres en su lugar, según su especie, en una escala que iba desde los más miserables infusorios hasta las razas más perfectas del hombre, a las que ordenó: «*Creced y multiplicaos; dominad el cosmos y sometedlo*». Para ello, les entregó el sistema de gobierno más acorde con el Plan Divino: el Imperio. Después, les encargó que lo preservaran de las asechanzas del Enemigo y lo entregaran a las generaciones futuras.

Tal como indicaban los Libros Sagrados, la llama viva del Imperio saltó de unas culturas a otras, encumbrándolas cuando respetaban los Designios del Creador, y sumiéndolas en la miseria cuando se apartaban de la Recta Senda. La lista era larga: romanos, carolingios, árabes, mongoles, otomanos, españoles, británicos, hasta llegar a su culminación, los Estados Unidos de América. Pero incluso estos últimos flaquearon, o bien Dios quiso probar su fe. En vez de imponer por las armas la Palabra de Dios, dejaron que las compañías multinacionales tomaran el mando. Cuando llegó la hora de la expansión por el cosmos, la Vieja Tierra vomitó a gentes de todas las razas, mezcladas sin pudor alguno. Al mando de las naves no iban los Elegidos, sino que esos puestos podían llegar a estar ocupados incluso por mujeres. ¡Nefando pecado! La Humanidad esparció su semilla por miles de mundos, pero sus labios no murmuraban plegarias, sino que estaban henchidos de orgullo y soberbia. Y Dios permitió que se engrandecieran y creyeran seguros, para que el castigo fuera terriblemente severo.

Y el Día del Juicio llegó. Fue denominado Gran Guerra Alien o, más descriptivamente, el Desastre. Los Alien alteraron la estructura del hiperespacio, y los viajes MRL se tornaron imposibles. El castigo fue implacable; cuando terminó la guerra, muchos sistemas habían desaparecido al faltarles los suministros imprescindibles para la supervivencia, ya que los transportes MRL quedaron inservibles.

Caída la red de comunicaciones, infinidad de mundos retrocedieron a la barbarie; fueron pocos los que consiguieron mantener el nivel de vida y civilización anteriores. Uno de ellos estaba controlado por una élite fundamentalista, que había preservado como un tesoro la esencia del Imperio, y respetaba la Voluntad Divina. Como premio, Él permitió que reinventaran el motor MRL según otro principio físico diferente. Así, el Nuevo Imperio, que se había impuesto la Sagrada Misión de conducir a la Humanidad por el Camino de la Verdad, inició su Magna Cruzada. Cientos de mundos cayeron bajo su hegemonía, y se convirtieron en feudos, productores de materias primas para las industrias imperiales. Por supuesto, esto no aparecía en los catecismos religiosos, que se centraban en el aspecto moral del asunto. Triunfaban, luego Dios marchaba con ellos.

Tan sólo quedaba un pequeño detalle desagradable: la Corporación.

El sistema de gobierno que controló antaño miles de mundos y billones de personas, no se había extinguido tras el Desastre. Desgraciadamente, Dios no fue lo bastante concienzudo, y en la Vieja Tierra y sistemas limítrofes quedó un molesto recordatorio de pasadas glorias, resistiéndose tercamente a desaparecer.

El Imperio no tenía prisa. Con la superioridad que otorgaba la tecnología MRL, le bastaba colonizar los planetas que rodeaban a la Corporación, cortarles las vías de suministros y dejar que sus habitantes, hacinados, murieran de hambre. Luego, sólo restaría la limpieza y la recolonización, basada en unos principios más nobles. Era inevitable; de acuerdo con los expertos, resultaba matemáticamente imposible redescubrir los principios del motor hiperluz; su hallazgo fue una afortunada casualidad, algo irrepetible. Dios había puesto el arma definitiva en manos de Sus hijos más amados.

Por desgracia, la Corporación no parecía dispuesta a colaborar. Se dedicó a infiltrar agentes secretos en la Flota Imperial, que al final robaron el secreto del motor MRL, a costa de

grandes bajas. En los astilleros de Urano se diseñó una versión mejorada, y la Vieja Tierra reemprendió la colonización de las estrellas vecinas.

Fue un golpe terrible para los gobernantes imperiales, y su autoconfianza se tambaleó. Sin embargo, la cordura se impuso, y no se tomaron medidas apresuradas, de las que luego pudieran arrepentirse. Aún superaban a la Corporación en un factor de trescientos a uno, y sus acorazados eran mucho más poderosos que las viejas navecillas que podían enfrentárseles. Cualquier escaramuza sería una humillación para sus oponentes, estaban seguros; muchos deseaban que ocurriera un incidente que les permitiera mostrar su poder aplastante. Y sucedió; en los libros de Historia fue conocido como el Asunto Tau Ceti.

Un pequeño contingente corporativo, de apenas doscientas personas y dotado de un armamento anticuado, consiguió aniquilar a una gran base imperial, desbarató un ejército de cien mil hombres y el acorazado *Victorious*, orgullo de la Flota de su Bendita Majestad, fue destruido. Faltó muy poco para que estallara la guerra total; la Corporación hizo determinadas concesiones, y el tema fue archivado, aunque nunca olvidado. Desde entonces, por increíble que pudiera parecer, el Imperio actuaba a la defensiva frente a un enemigo netamente inferior.

Lord Filstrup siempre había sido partidario de obrar con mano dura, pero también lo era Lord Murphy, el Almirante de la Flota, y pereció achicharrado dentro de la *Victorious*. Privados los halcones de su máximo representante, las palomas tuvieron su oportunidad, encabezadas por el nuevo Gran Almirante, Lord Studebaker.

Lo primero que éste hizo fue designar un comité para que analizara la nueva situación. Tras meses de informes, reuniones, deliberaciones, y una fortuna gastada en dietas, los expertos proporcionaron un fichero de quince megas donde se recogían sus conclusiones. Para Lord Studebaker, eran sumamente preocupantes.

Desde el Asunto Tau Ceti, los grupos de resistencia al Imperio habían cobrado nuevos bríos. Por un lado, a pesar de la férrea censura oficial, había trascendido que las fuerzas de ocupación imperiales no eran invulnerables. Por otro, la Corporación basaba su dominio en la infiltración comercial solapada y el mantenimiento de gobiernos títeres, y sólo excepcionalmente recurría a la violencia. Sus compañías multiplanetarias, en la más pura tradición japonesa, opinaban que los negocios eran la guerra. Abrían mercados, organizaban la sociedad, y aumentaban su poder adquisitivo. Así podían vender, enriquecerse, y hacer deseable su tutela. La conclusión era obvia: había que lavar la imagen imperial por medio de una colonización benévola; nada de feudos esclavistas, como hasta la fecha.

Por desgracia, era difícil cambiar una mentalidad que había dado óptimos resultados durante mucho tiempo. Se llegó a una solución de compromiso: τ -Draconis serviría como campo de pruebas, donde se realizaría un experimento controlado para establecer un dominio blando, respetando la civilización existente, en vez de imponer por la fuerza el Nuevo Orden y la Palabra de Dios, como sería lógico.

En la soledad de su habitación, Lord Filstrup daba vueltas en la cama, preguntándose una y otra vez por qué, entre tantos comandantes, le había tocado a él llevar a la práctica semejante desatino.

4

Todo estaba listo para la gran ceremonia. Lord Filstrup, escoltado por un batallón de tropas de élite, se reunió con su segundo en el muelle principal de la *Courageous*, junto al transbordador que los llevaría a Galadriel. Se hallaba de un humor de perros.

- ¿Qué se supone que hemos de hacer? Odio el protocolo -inquirió, enfurruñado.
- Establecimos contacto con las autoridades del planeta, que se mostraron deseosas de colaborar en cuanto les aseguramos que nuestras intenciones no eran belicosas -le informó su

segundo-. Los posibles beneficios comerciales del transporte MRL los decidieron, milord.

- ¿Se les indicó la alternativa, si no acceden a nuestros deseos?

- Fue insinuada veladamente, milord. Nos respondieron que carecen de ejército, ya que piensan que no sirve para nada, y nos amenazaron con la resistencia pasiva en caso de hostilidad.

- Patéticos imbéciles; si no fuera por ese pusilánime de Lord Studebaker, ya estarían en la bodega de una nave esclavista. Inútiles... -sabía que podía expresarse con plena libertad delante de su segundo; la sonda que tenía implantada en el cerebro garantizaba su lealtad.

- Si me permite, milord, ahí viene el Censor enviado por el Gran Almirante. Tomará nota de todo lo que digamos, e irá con el cuento a las altas esferas. Podría ser peligroso.

El comandante soltó una retahíla de tacos al ver al dignatario religioso. En su escala de valores, los sacerdotes ocupaban un peldaño tan sólo superior al de homosexuales, mujeres o mutantes. Sin embargo, aquel bastardo tenía mucho poder en sus gordezuelas manos, así que compuso un gesto de exquisita cortesía y se apresuró a saludarlo, con grandes muestras de respeto.

- Reverendo Josephson, cuánto honor -dijo el comandante, mientras pensaba para sí: «*Que te parta un rayo, carcamal*»-. ¿Nos acompañará en el descenso al planeta?

El sacerdote no respondió de inmediato. Se alisó sus blancas vestiduras, que parecían brillar con luz propia, y levantó la mano izquierda. Uno de sus acólitos se apresuró a entregarle un pañuelo de seda, con el que se secó el sudor de la calva; otro gesto, y el pañuelo fue retirado.

- Buenos días, comandante -saludó por fin, con voz suave, y extendió su mano, repleta de anillos; Lord Filstrup, tragándose su orgullo, la tomó entre sus dedos y la besó.

El dignatario religioso, a continuación, solicitó un hisopo y bendijo el transbordador. Finalizada la breve ceremonia, contempló al vehículo, satisfecho.

- Ahora todo está listo para partir, comandante. La Misericordia de Dios viaja con nosotros -sin aguardar respuesta, él y sus acólitos se introdujeron en la lanzadera, ocupando los mejores asientos.

Lord Filstrup contó hasta veinte, respiró hondo y, farfullando algo sobre mariconerías y mano dura, se introdujo en el aparato acompañado por sus subordinados. La puerta se cerró a sus espaldas, y el vehículo rodó hasta la posición de despegue.

5

El viaje al planeta discurrió según lo previsto. En cuanto la lanzadera abandonó la *Courageous*, diez escuadrillas de cazas polivalentes formaron un escudo protector a su alrededor y la escoltaron, con todos sus sistemas en alerta máxima. A bordo, Lord Filstrup charlaba con su segundo, apartados del grupo de acólitos de blancas túnicas que cantaban en voz baja salmos y jaculatorias.

- ¿Cómo transcurrirá la ceremonia? -preguntó, malhumorado.

- Nos recibirá un comité de gobernantes, realizarán un desfile en nuestro honor, se intercambiarán credenciales, y todos haremos votos por un futuro mejor. Lo de costumbre, milord.

- Creo que nos espera un buen rato de tedio. Por cierto, ¿qué tipo de gobierno poseen? ¿República? ¿Monarquía? ¿Aristocracia?

- Resulta curioso, milord. Cuando les pedimos datos sobre el protocolo a seguir, nos preguntaron que cuántos dignatarios necesitábamos. De ello se deduce que sus estructuras políticas han de ser colegiadas.

- Salvajes atrasados... Ni siquiera conocen las ventajas de la autoridad y la disciplina -el sacerdote movió la cabeza hacia ellos-. No sólo material, sino espiritual, por supuesto -Lord Filstrup compuso su sonrisa más hipócrita.

El reverendo Josephson apretó un botón del apoyabrazos, y su butaca giró lentamente para encararse con los militares.

- Hijos míos, he de recordaros que marchamos en una misión de paz. Estamos destinados a convertirnos en el escaparate donde se muestren las virtudes del Imperio. Esas pobres criaturas descarriadas que nos aguardan son ovejas perdidas, que han de regresar al rebaño de Dios. Pero lo harán de buena voluntad, no forzadas. Cuando comparen nuestro comportamiento con el de la... Corporación -le costó trabajo pronunciar la odiada palabra-, se arrojarán amorosamente en nuestros brazos.

- Lo que usted diga, reverendo -contestó Lord Filstrup.

La lanzadera penetró en la atmósfera de Galadriel. Los cazas generaron un campo deflector, que se fue tiñendo de rojo conforme las moléculas de aire eran rechazadas con furia hacia los lados, en medio de un rugido que crecía poco a poco.

6

El vehículo se posó en el astropuerto de Valinor, la principal urbe de Galadriel, con delicadeza exquisita, sin levantar una mota de polvo. Las tropas imperiales, que lo habían tomado previamente, ocupaban las posiciones clave, por si fuera necesario contener a una multitud curiosa, aunque educada. No obstante, los soldados miraban de reojo el espectáculo a su alrededor, y sudaban copiosamente. La mayoría de ellos procedían de planetas donde la moral era vigilada con celo, y las mujeres, reserva espiritual de la raza, sólo salían a la calle en compañía de sus maridos, y eran recatadas y castas. En cambio, aquella gente... Pero las órdenes recibidas fueron muy claras, y pobre del que osara desobedecerlas.

La comitiva imperial, que caminaba sobre una alfombra de terciopelo rojo sintético, también se había percatado del panorama. Lord Filstrup quedó estupefacto, pero se rehizo enseguida. Echó un vistazo a los religiosos, y comenzó a preguntarse si el respeto a las tradiciones y la civilización del planeta no había sido una buena idea, después de todo.

Los acólitos tenían los ojos abiertos como platos, y miraban de un sitio a otro, alucinados. El reverendo Josephson se enjugaba compulsivamente el sudor con un pañuelo que ya semejava un guñapo; su cara había adoptado todos los colores del arco iris, y trataba de conservar la dignidad. La situación empeoró cuando llegaron a la tribuna, dispuesta al efecto; lo más selecto de la sociedad de Galadriel se había dado cita allí.

El traje de gala local parecía constar de unos pantalones rojos de cintura baja, ceñidos hasta la rodilla, y que terminaban en una pata acampanada, con flecos de los que pendían cascabeles plateados. A la altura de las nalgas, dos docenas de agujeros circulares esbozaban complejos signos. En el torso sólo llevaban un collar de plumas de avestruz, que pendía flácido del cuello. En torno a la frente, una diadema de cuentas de metacrilato y lapislázuli se enroscaba en espiral hasta llegar al sombrero, una estructura amarilla de medio metro de longitud, cilíndrica y acabada en dos pompones de color fucsia. Hombres y mujeres lucían el mismo atuendo. En la tarima, la representación de sexos era igualitaria, tres de cada; los otros tres habitantes de Galadriel no eran humanos.

Lord Filstrup trató de dejar de mirar a una mujer que lucía cuatro pechos con pezones verdosos, y procuró borrar la expresión de imbecilidad de su cara. Desorientado, intentó localizar al jefe de todos ellos, hasta que un hombre, comprendiendo su embarazo, se dirigió hacia él.

- Augusto representante del Imperio, permítame expresarle nuestra bienvenida a Galadriel. Nuestra casa es su casa, nuestra mente es su mente, nuestros gandulfos son sus gandulfos. Que los favores de Gaia se derramen sobre usted.

El hombre se quitó el sombrero, quedando al descubierto su cabellera, a franjas verdes y amarillas, y se lo puso en la cabeza a Lord Filstrup. Éste quedó más corrido que una mona,

desconcertado; lanzó tal mirada a su segundo, que la sonrisa que éste había esbozado se esfumó de su rostro. Pero la tortura no había hecho más que comenzar. La mujer de los cuatro pechos se le acercó.

- Que la gracia del Incognoscible ilumine sus procesos mentales -se quitó la diadema y se la ciñó al comandante, tras lo cual se retiró a su puesto.

A continuación le llegó el turno a otro hombre, un sujeto alto, flaco y de nariz aguileña.

- Que el Espíritu-que-Todo-lo-Conoce-pero-Nada-Ve ilumine su imaginación, y la haga volar por senderos ignotos con sus alas de seda -puso su collar de plumas en torno al cuello del comandante.

Lord Filstrup, a cada instante que pasaba, sentía más añoranza por el viejo estilo de hacer las cosas; era más fácil reflexionar sobre el sentido de la vida en medio de ruinas humeantes (se veía a sí mismo a bordo del acorazado, dando la orden de fuego que reduciría a cenizas a semejante pandilla de obscenos mamarrachos, y sonreía) que en vivo. «*Si no fuera porque me juego mi carrera, os iba yo a poner más derechos que un mástil. Dios mío, ¿qué vendrá ahora?*»

Otra mujer se acercó a él.

- Que S'Dagobdha, Fuente de toda Fecundidad, vele por el correcto funcionamiento de su tracto genitourinario, y lo libre de anomalías indeseables -se quitó el pantalón y lo entregó a Lord Filstrup; no llevaba nada debajo, pero a ningún nativo pareció importarle.

El reverendo Josephson sufrió un conato de lipotimia, aunque fue asistido a tiempo por sus acólitos. El comandante deseaba fervientemente que ninguna cámara estuviera filmando el acontecimiento; después de esto, no podría volver a su planeta y mirar a sus iguales a la cara.

Un hombre y una mujer se acercaron a Lord Filstrup. El primero caminaba sobre zancos, y se puso a ejecutar una danza sincopada delante de él; mientras, la mujer batía unos platillos de cobre detrás de la cabeza del imperial, al tiempo que invocaba a extraños dioses. El acto duró quince minutos, y fue despedido con aplausos por la gente de Galadriel allí congregada. El comandante se había clavado las uñas en las palmas de las manos, para evitar salir corriendo a la lanzadera, regresar a la *Courageous* y mandarlo todo al diablo.

El hombre que había hablado por primera vez, y que ahora usaba un gorro similar a un calcetín morado, retomó la iniciativa.

- El Rito ha sido ejecutado. La Sociedad Humana os admite en su seno, y se honra de vuestra presencia. Confiamos en que la felicidad inunde vuestros corazones.

Lord Filstrup cerró los ojos un momento antes de responder. Pensó en los censores, y en que si todo marchaba bien, habría otros planetas a los que esclavizar, como Dios mandaba.

- Sí, señor Presidente.

- Oh, el título que me otorga es un poco exagerado -el nativo esbozó una sonrisa-. Habitualmente soy sexador de gandulfos prepúberes, pero el Consejo de Ordenadores me eligió como representante visible durante este año, que coincidió casualmente con su llegada.

- Señor... esto...

- Puede llamarme Amaygaday, por tratarse de usted; es mi nombre de fin de semana y festivos.

- Señor Amaygaday -Lord Filstrup se mordió la lengua; efectivamente, estaba despierto-, por curiosidad, ¿cuál es su sistema de gobierno?

- Antes del Desastre, debido a nuestro origen alfa-centauriano, nos regíamos por una estotocracia semionírica de clase CCC. Después de la catástrofe, cuando conseguimos estabilizar la economía, descubrimos que si regulábamos la población, no necesitábamos trabajar en exceso. Los ordenadores se encargan de las cuestiones logísticas y organizativas. Entre nuestros deberes, figura el de aceptar cargos representativos cuando nos es requerido.

- Ah.

- Bien -prosiguió Amaygaday-, finalizado el prólogo de la ceremonia -Lord Filstrup

empalideció súbitamente-, llega el turno de establecer relaciones de amistad con las razas no humanas de Galadriel.

- Perdona, ¿es realmente necesario? -imágenes de mil horrores pasaron por la mente del imperial.

Amaygaday lo miró, con un gesto de leve reproche en la cara.

- ¿Y ofender sus tiernos sentimientos? Esas criaturas tienen su corazoncito, y un alto nivel de empatía; a cambio de un poco de cariño, ejecutan tareas sencillas, que en el fondo son de gran ayuda. Cuando se sienten dolidos, suelen defecar en los lugares más inconvenientes. Mire, ahí viene el primero; permítame que lo anuncie -adoptó voz de bajo-. El Más Audaz entre los Canoides, el Invencible Grnarrk. ¡Alabado sea!

- ¡Alabado sea! -respondió la multitud.

Un ser bípedo, cubierto de pelaje azul y vagamente similar a un perro, se puso a dar brincos en torno a Lord Filstrup, quien hizo esfuerzos sobrehumanos por no echar mano a su pistola de plasma. Cuando el ¿animal? finalizó, olfateó con grandes aspavientos la entrepierna del militar, emitió un aullido horrísono, se agachó y levantó el trasero.

- Señor Amaygaday, ¿qué se supone que debo hacer? -preguntó Lord Filstrup.

- Los canoides son seres cuyas relaciones interpersonales se realizan en gran medida mediante el olfato. El protocolo exige que tome con sus manos la secreción emitida por las glándulas anales y se la aplique en la frente, con lo que será reconocido como miembro del Clan. No hacerlo implica una ofensa grave.

El comandante logró ahogar un sollozo que surgía incontenible por su garganta. De repente, en su mente se hizo la luz. Adoptó su pose más seria.

- Señor Amaygaday, Invencible Grnarrk, yo soy un simple militar, indigno de tal honor. El jefe espiritual de la expedición, un hombre dedicado en cuerpo y alma a la propagación de la Verdad y al logro de relaciones armoniosas entre los seres, en suma, un héroe bondadoso -se giró y señaló teatralmente con el dedo- es el reverendo Josephson. Los ojos del Imperio están fijos en vos. ¡Alabado seáis!

- ¡Alabado seáis! -respondió la multitud, visiblemente satisfecha.

El canoide aulló alborozado, y se acercó a saltos hacia el sacerdote. La mirada con que éste obsequió al comandante fue indescriptible. Mientras, Amaygaday se situó junto al coronel.

- Las otras dos razas son menos susceptibles; basta con un gesto amable para contentarlas. Quizá, mientras el reverendo complace al canoide...

- Cómo no -Lord Filstrup había recuperado su alegría de vivir.

Algo similar a un cruce entre un pavo real y una bicicleta se dirigió hacia ellos, contoneándose. Su plumaje irisado, de tonos cambiantes, hacía daño a los ojos.

- Que la paz reine entre los seres bípedos llegados de las estrellas y las criaturas que surcan el aire -dijo la cosa-. Furufufú ak ak -concluyó, tras tomar aliento.

Lord Filstrup tragó saliva con dificultad; antes de que pudiera preguntar nada, Amaygaday hizo las presentaciones.

- El Patriarca de los Pájaros Whakkamole os saluda, señor. Son unos animales encantadores; con el adiestramiento necesario y mucha, mucha comprensión, puede conseguirse que repitan parlamentos breves. Como mensajeros ceremoniales son insustituibles.

- Ahora que lo dice...

El Pájaro se marchó, tan ostentosamente como había venido. Su lugar fue ocupado por una especie de flan gigantesco y grisáceo, que reptaba perezosamente.

- Señor, he aquí al Inefable Blub -Amaygaday hizo de nuevo el papel de introductor-. Él/ella/ello y su tribu realizan una inestimable tarea en la recogida de residuos sólidos urbanos, y su conversión en abono para los invernaderos. Estréchese el pseudópodo, si es usted tan amable - Blub emitió una burbuja gaseosa como muestra de agradecimiento, y se marchó a reunirse con un

grupo de congéneres.

- Parecen todos iguales -comentó Lord Filstrup, por decir algo y no parecer un pasmarote-
. ¿Cómo los distinguen?

- Es muy fácil: todos responden al nombre de Blub; consideran el concepto de individuo como irrelevante. Bien, llegó el turno de los himnos y el desfile de todos los gremios. Por cierto, señor, ¿el reverendo Josephson adopta con frecuencia ese tono carmesí en el rostro, tan vivo?

- Es una señal de felicidad y paz interior. Prosigamos con la ceremonia, por favor.

Catorce horas después todo había terminado, y un grupo de abatidos imperiales regresó a la *Courageous*.

7

Lord Filstrup estaba sentado en el confortable sillón de su despacho, a bordo del acorazado. Tras un sueño reparador (había necesitado un sedante fuerte), una ducha y un buen desayuno, se sentía como una persona normal, y trató de olvidar el mal rato de la víspera. Para un hombre con mentalidad jerárquica, que lo único que necesitaba era saber dar órdenes y recibirlas, el tratar de dialogar con seres a los que despreciaba era lo peor que le había sucedido en su vida. Se juró que si alguna vez conseguía llegar al Almirantazgo, volvería a τ-Draconis y no dejaría piedra sobre piedra. Con un suspiro, decidió dedicarse a cuestiones más prosaicas, y llamó a su segundo.

El joven apareció de inmediato, como si hubiera estado todo el rato detrás de la puerta, aguardando que su superior lo convocara.

- ¿Sí, milord? -no había perdido su aire de eficiencia.

- ¿Se han iniciado ya las negociaciones? ¿Están de acuerdo esos degenerados con nuestras condiciones? -deseaba que no, para tener una excusa y bombardear el planeta.

- He hablado con el señor Amaygaday, milord. Parecen resignados a lo inevitable. Aceptan nuestro control político, y nos cederán sus bancos de datos censales y catastrales, así como el control de las relaciones exteriores; ellos se responsabilizarán de los asuntos internos. En el fondo, salen ganando en el cambio; nuestros cargueros MRL harán más competitivas sus exportaciones, milord.

- ¿Qué ofrece esa gente para comerciar?

- Objetos de arte y mollejas de gandulfo en escabeche liofilizadas, milord.

- ¿No son capaces de producir cosas útiles? -masculló el comandante.

- Los productos de lujo obtienen unos beneficios altísimos, milord. Un cargamento de mollejas de gandulfo rinde más que su equivalente en uranio enriquecido. Los restaurantes corporativos nos las quitarán de las manos, milord.

- Alimentos degenerados para una civilización degenerada. Menos mal que esto terminará algún día, cuando los barramos del Cosmos -Lord Filstrup refunfuñó un rato, hasta que se calmó-. Pasando a aspectos más prácticos, ¿qué opinan de la Base?

- No tienen inconveniente en que la construyamos, siempre que no corte las rutas migratorias de los canoides y que no esté pintada a rayas amarillas y rosas, lo que es considerado de mal agüero.

- ¿Qué creen que somos, maricones? Amarillo y rosa... -soltó un taco-. Ordene a nuestros exploradores localizar un sitio idóneo, y cerciórese de que no hiere la delicada sensibilidad de esos capullos. Por cierto, hablando de capullos, ¿qué opinan acerca del interés del reverendo Josephson por evangelizarlos?

- Se mostraron muy interesados, milord. Tras siglos de aislamiento, anhelan los intercambios culturales, según me indicaron.

- Que no les pase nada. De todos modos, es una pena que los sacerdotes no estén

incluidos en la dieta de alguno de los bichos que pululan por ese planeta de locos -suspiró-. Puede usted retirarse.

- A sus órdenes, milord.

8

Curiosamente, el sitio más adecuado para el establecimiento de la Base no estaba situado lejos de Valinor, apenas a cuarenta kilómetros al sur. Se trataba de una planicie polvorienta, de veinte mil hectáreas, lisa como un disco óptico. Las sondas tomaron muestras, grabaron imágenes, comprobaron la estabilidad tectónica de la zona y verificaron la ausencia de movimientos sísmicos. A bordo de la *Courageous*, los científicos y técnicos remitieron los informes preceptivos a Lord Filstrup, quien dio el visto bueno para ejecutar la obra. Sólo quedaba un fastidioso detalle protocolario: el consentimiento de los nativos. «*Si son medianamente inteligentes, no osarán ponernos cortapisas. Sin embargo, preferiría que se resistieran, para poder ejercer una pizca de mano dura*». Utilizando el canal diplomático de menor categoría posible sin caer en el insulto, la decisión fue comunicada al ¿Gobierno? de Galadriel.

Al cabo de una hora, el señor Amaygaday solicitó comunicación con el acorazado imperial.

Lord Filstrup prefirió ocuparse personalmente de la conversación. «*Ahora estaremos cada uno en nuestro sitio, y quedará claro quién manda, te lo aseguro. Como me des la más mínima oportunidad, te juro que vais a pagarme la faena del otro día*». Se frotó las manos, anticipando una posible venganza, y conectó el comunicador. Un holograma del torso de Amaygaday, ataviado con un conjunto malva y magenta, se materializó junto a una consola. Parecía preocupado.

- Buenos días, Lord Filstrup. Deseo que goce de buena salud, y que su estancia en nuestro sistema sea placentera.

- Gracias -lo cortó sin miramientos-. Supongo que me llama para confirmar su aceptación del lugar elegido para edificar la Base.

- Efectivamente, milord. No obstante, desearíamos expresarle algunas objeciones sobre la ubicación.

«*¡Ésta es la mía!*» En la faz de Lord Filstrup apareció una sonrisa que recordaba a la expresión de un tiburón a punto de morder. Con voz meliflua, preguntó:

- ¿Acaso se interrumpirá el vagabundeo de esos simpáticos canoides?

- No, pero...

- Y la Base será pintada en discretos tonos grises, tiene mi palabra.

- Ya consultamos los planos, y no hay nada que objetar al respecto, pero el emplazamiento...

- Según nuestros expertos, esa llanura es el mejor sitio en todo el planeta para establecer la Base. Si le preocupa la cercanía a Valinor, pierda cuidado; es un centro de observación y control militar, no una fábrica contaminante.

- Estamos de acuerdo, milord; sin embargo, hay algo que deberían saber sobre esa planicie, a la que nosotros llamamos...

El comandante estaba comenzando a perder la paciencia.

- Mire, señor Amaygaday -no se molestó en ser cortés-. Represento al Imperio, una fuerza imparable que ha sometido a centenares de mundos. Ninguno de los que intentaron resistirse pudo triunfar. Dé gracias a Dios porque, vicisitudes de la Política, en estos momentos toleramos actitudes que habitualmente consideramos inadmisibles. Desgraciadamente, las circunstancias cambian a veces, si uno hace lo que no debe. Esa Base no interfiere con sus preciosos bicharracos, y nuestros expertos han decidido construirla en el sitio más idóneo y seguro de todo

Galadriel. Si no tienen un motivo de peso que oponer, sugiero que acepten lo que les pedimos. ¿Me he expresado con la suficiente claridad?

Amaygaday lo contempló, inexpresivo. Abrió la boca para decir algo, pero se lo pensó mejor.

- De acuerdo; la Base es suya, y pueden hacer con ella lo que les plazca. Al menos, traté de avisarles. Buenos días, milord -hizo una reverencia, y el holograma se apagó.

El comandante sonrió, satisfecho. El patético intento de retirada digna del nativo lo había complacido. «*Esos degenerados han cedido; ya iba siendo hora*».

Durante los minutos siguientes se dedicó a impartir órdenes, y la mayor obra de ingeniería militar del Imperio fuera de su mundo original fue iniciada.

9

Amaygaday miró a su alrededor sin mucho entusiasmo. Le había costado un trabajo ímprobo convencer a los restantes miembros del Consejo de que debían reunirse para discutir algo importante. Muchos habían acudido a desgana, y no se molestaban en disimularlo. Tras los saludos de rigor, se dirigieron hacia la improvisada sede de reuniones, el salón de actos del Ilustre Colegio de los Parafilósofos Sicalípticos, gentilmente cedido para la ocasión. Ocuparon sus butacas, pidieron bebidas a los camareros robot, y la discusión comenzó.

- ¿Tan trascendental es el asunto que no pueden solucionarlo los ordenadores, Amaygaday? -preguntó una mujer de cortos cabellos de color naranja y cuerpo enjuto, ceñido por una malla que cambiaba de color con cada movimiento-. La educación de mis canoides requiere perseverancia; cualquier ausencia puede echar a perder el trabajo de días. Ya casi he conseguido que representen de forma medianamente aceptable *Carmina Burana*, a pesar de ciertos problemas con el *Olim lacus colueram*. Es difícil hallar buenos tenores.

- Lo lamento infinito, Marel·la, pero la situación lo requiere. Se trata de los imperiales.

- ¿Recordáis las caras que pusieron durante la ceremonia de bienvenida? -se oyeron risas y carcajadas-. Menudos palurdos; nuestros antropólogos disfrutarían como enanos visitando sus mundos. ¿Qué tripa se les ha roto? ¿Se han decidido a invadirnos a lo bestia, por fin?

- No nos atañe directamente, Marel·la, pero los imperiales están decididos a cometer un acto infausto -hizo una pausa dramática-. Adivina dónde quieren edificar la Base.

La mujer se lo quedó mirando. De repente, abrió mucho los ojos.

- ¿No será en...? -fue incapaz de concluir la frase.

- Efectivamente, Marel·la.

La carcajada colectiva fue tan estentórea que incluso Blub, que pasaba por allí cerca fagocitando cáscaras de frutos secos y otros desechos, emitió cinco pseudópodos trémulos, señal inequívoca de reprobación.

Poco a poco, la hilaridad dejó paso a la risa floja, y ésta a la sonrisa. Un hombre obeso, con dos pulgares en cada mano (la adquisición de órganos suplementarios hacía furor esa temporada), señaló a Amaygaday.

- ¿Y a nosotros qué nos importa? Si son tan tontos...

- Lo son, Janak -cortó Amaygaday.

- Prosigo. Si están decididos a construir ahí la Base, pues que lo hagan. Ellos serán quienes sufran las consecuencias, cuando llegue el día.

Otras voces mostraron su acuerdo con las palabras de Janak. A duras penas, Amaygaday logró hacerlas callar.

- Amigos, ya sé que los imperiales son unos ceporros carentes de sensibilidad, cuyo único mérito es disponer de naves con motores MRL para avasallar a otros pueblos. Sin duda, se merecen lo que pueda pasarles, pero me sabe mal. Pensad en las ganancias que obtendremos

gracias a sus grandes transportes, o el intercambio de objetos artísticos con los mundos corporativos, si nos dejan.

- Ay, sí... -Marel-la tenía expresión soñadora-. Poder recuperar las esculturas Hihn de nuestros antecesores de Centauri, o el estilo orgánico barroco...

- Pero existe un problema -prosiguió Amaygaday-. Lord Filstrup se niega a escucharnos, ya que nos considera seres inferiores, y lo mismo harán todos los militares. Han cerrado las vías de entrada a sus ordenadores; los nuestros no pueden hacer nada para advertirles del peligro.

- ¿Qué solución nos queda? -inquirió Janak-. Sigo pensando que lo mejor es dejarlos seguir hasta el final, para que entonces... -no necesitó terminar; los demás podían imaginarse el resto.

- Hay una posibilidad. Su líder religioso, el reverendo Josephson, pidió permiso para realizar proselitismo de su doctrina, y establecer intercambios culturales, aunque no sé qué entenderá él por cultura. Podemos permitir que traten de convencernos y, cuando estén receptivos, decírselo. Les ahorraremos mucho sufrimiento, y nos lo agradecerán.

- A mí que no me busquen para aguantar ese tostón -anunció Janak.

Amaygaday miró a su alrededor. En las caras de los presentes, el desconsuelo se mezclaba con la resignación.

- Tal vez sea interesante conocer nuevos puntos de vista -se atrevió a sugerir, aunque no se le veía muy convencido.

10

El reverendo Josephson había acudido solo a Valinor. Iba a tratar asuntos importantísimos, que no podían ser oídos por sus acólitos, aún inmaduros para ciertas cosas.

El viaje desde el astropuerto hasta la sede del Consejo fue breve, pero a él se le hizo eterno. La gente se exhibía con impudicia, y necesitó todo su férreo autocontrol para no perder la compostura. Era consciente de que representaba a la Obra de Dios, la Única Verdad, y que debía convencer a esos pobres descarriados por medio de los argumentos, no de la violencia. Y lo lograría, aunque fuera lo último que hiciera en esta vida.

Tras franquear las puertas de un edificio que se le antojó de tan pésimo gusto como los demás, se halló frente al Consejo, cuyos miembros lo miraban expectantes. «*Jesús mío, dame fuerzas*». Trató de apartar la vista de las mujeres. «*Tendré que hablarles largo y tendido de la modestia, el recato, de María, Santa Madre de Dios, y de otros ejemplos aleccionadores de las Sagradas Escrituras*». Procuró inundar su mente con ideas de paz.

Los integrantes del Consejo se pusieron en pie.

- Es un honor para nosotros recibirlo, reverendo Josephson -declamaron al unísono.

- Gracias, hijos míos -pensó por un momento en ofrecer su anillo para que lo besaran, pero, por si acaso, prefirió renunciar a sus prerrogativas.

- Nos ha pedido una entrevista, reverendo. Estamos atentos a sus palabras -anunció Amaygaday.

Josephson se decidió a actuar como en las ocasiones más solemnes. Sus maestros, tiempo atrás, le habían indicado la conveniencia de un breve paseo majestuoso antes de lanzar un discurso. Contribuía a mantener la atención de la audiencia, y a hacerse el interesante. Se dirigió hacia una ventana, pausadamente, con sus ropas talaras ondeando tras él. Se asomó al exterior, poniendo en orden sus pensamientos.

Un Pájaro Whakkamole, encaramado en un adorno de la fachada, se descolgó y quedó mirando cabeza abajo al reverendo, a diez centímetros de su cara.

- Furufufú ak ak -dijo, antes de marcharse entre un revoloteo de plumas.

Josephson dio un respingo, y su cara quedó pálida como la cera. Le pareció oír risitas

contenidas, pero al girarse comprobó que todos los semblantes estaban serios. Su corazón latía desbocado, y sentía un sofoco terrible. Para reponerse del susto, trató de sentarse en lo que parecía un gran almohadón gris, manteniendo la sonrisa y haciendo gestos de que todo marchaba bien.

Blub salió disparado, con un galope ameboide un tanto garboso. Estaba harto de que los humanos le colocaran sus posaderas en el lomo. La costalada del religioso resonó en toda la sala. Los miembros del Consejo corrieron a auxiliarlo.

- No es nada, hijos míos, no es nada -logró articular, al tiempo que apartaba la cabeza para evitar que Marel-la le metiera un pezón en el ojo-. Gracias, no necesito la respiración boca a boca. Estoy bien, no se preocupen -se incorporó renqueando, aunque eso era preferible a recibir ciertas atenciones.

La situación se normalizó, y todos regresaron a sus puestos.

- Disculpe a esos seres, reverendo -se excusó Amaygaday-. En el fondo, sólo desean agradar.

- Son criaturitas de Dios, que las puso en el mundo como testimonio de Su Gloria -dijo Josephson, todo dulzura, aunque sus pensamientos eran bien distintos-. Y ahora, queridos amigos, permitidme explicaros lo que me ha traído hasta aquí.

Los consejeros se inclinaron hacia adelante, interesados. El reverendo comenzó su exposición sin osar moverse, no fuera a pisar algo que saliera disparado y profiriendo chillidos.

- Hijos míos, me decidí a visitaros en este remoto planeta para iluminaros con un testimonio de la Verdadera Fe -Josephson había empleado las palabras que su mártir favorito, San Igor de Fomalhaut, había pronunciado ante los Sodomitas Antropófagos de Alraad, los cuales lo elevaron a los altares asándolo a la parrilla. Hizo una pausa teatral; estaba preparado para cualquier reacción, desde la conversión repentina hasta la burla furiosa.

- ¿A cuál de ellas se refiere, reverendo? -preguntó un hombre de pelo verde y blusa amarilla.

- ¿Qué? -Josephson había sido cogido por sorpresa-. ¿Cómo dice?

- Según la última edición del Catálogo Intercósmico de Verdaderas Fes, de Murchison y Palafrugell, aparecen censadas unas 5367, sin contar variantes menores. ¿Cuál es el número de serie de la suya? -el nativo pulsaba las teclas de un pequeño ordenador, que no paraba de mostrar datos.

El reverendo Josephson se convenció de que Dios lo estaba sometiendo a prueba, porque si no, era inexplicable todo aquello. Respiró hondo, y lució su mejor sonrisa.

- Se trata de la Auténtica Palabra de Dios; el resto son meras variantes, productos de malentendidos o burdas tergiversaciones. Cuando es escuchada, la Verdad se derrama sobre los corazones, que la reconocen jubilosos -entrelazó las manos, y las elevó sobre su cabeza.

- Eso reduce las posibilidades a 3432 -repuso el hombre, consultando el ordenador.

Josephson le lanzó una mirada asesina, pero se rehízo enseguida. Tomó la palabra, dispuesto a no permitir más herejías. Empezaba a comprender cómo se podía sentir un misionero en tierra extraña.

- La Fe que nos anima es la Verdadera. ¿Deseáis una prueba? El Imperio tutela en la actualidad cientos de mundos, y todo ello por la Gracia de Dios -notó que algunos consejeros iban a decir algo, y se les anticipó-. Las malas lenguas achacan este dominio a la supremacía militar imperial, pero estad seguros de que Él no hubiera permitido que alguien que no actuara en Su Nombre alcanzara tamaño poder. Muchos planetas no quieren reconocerlo pero, a modo de padres severos aunque justos, les hacemos comprender las ventajas de abrazar nuestros preclaros ideales. Estoy convencido de que si permitís pacíficamente y sin coacción que os impartamos nuestras enseñanzas, comprenderéis al final lo erróneo de vuestra actual conducta, y las ventajas de una vida futura más plena, con la recompensa del Paraíso para la Eternidad.

Josephson cerró los ojos, emocionado por su propio discurso. Antes de que tuviera tiempo de abrirlos, Amaygaday se levantó y se dirigió hacia él, solemne.

- Por nosotros no hay inconveniente. ¿Cuándo piensan empezar?

El reverendo estaba sorprendido, mosqueado más bien; tanta colaboración en un hatajo de ateos irreverentes no era normal. Sin embargo, tal vez Dios le había sonreído.

- Esto... Bien, en una primera toma de contacto, estimamos conveniente realizar una experiencia piloto. Podéis elegir un grupo de, digamos, cincuenta personas, a las que nosotros y nuestros hermanos seculares adoctrinaremos debidamente, y aconsejaremos en diversos aspectos de la vida, como las relaciones entre adultos o el matrimonio -algunos nativos enarcaron las cejas y se miraron entre sí, pero el reverendo fingió no darse cuenta-. Por otro lado, como contrapartida, el personal civil de la nave, especialmente mujeres y niños, debe conocer el planeta; caminar al aire libre es recomendable para su salud. También es bueno que entren en contacto con la naturaleza, que vean las plantas y los animalitos...

- ¡Magnífico! -Marel-la batió palmas, alborozada-. Eso entra en mis competencias. Me sentiré muy feliz de mostrarles nuestras granjas de cría de gandulfos, o las colonias estivales de canoides. Lo pasaremos fenomenalmente, ya verá.

Josephson echó un vistazo a la mujer, y un sudor frío corrió por su espalda. Con voz queda, murmuró.

- Señor Amaygaday...

- ¿Sí, reverendo?

- Creo que debería discutir seriamente con usted algo, de hombre a hombre; no sé si me entiende -miró de reojo a Marel-la.

Amaygaday captó la sugerencia. Se encogió de hombros, y pidió a los demás que abandonaran la sala. Obedecieron, no sin antes fruncir el ceño y considerar que el sacerdote era decididamente un bicho raro.

- Señor Amaygaday, la forma de vestir de ciertas damas -procuró no sonar irónico, aunque no estaba seguro de lograrlo- pone nerviosos a nuestros miembros, digo, a los miembros más débiles e inmaduros de nuestra sociedad -había enrojecido, pero prosiguió-. Mi fuerza de voluntad me permite aceptar ciertas cosas, pero no todos poseen esa resistencia -pensó en la actividad masturbatoria exacerbada de muchos de sus acólitos tras la visita a Galadriel, y las penitencias tan duras que tuvo que imponer para corregirla-. Os rogaría que, mientras estuvieran en nuestra presencia, se cubrieran sus... esto... que se vistieran con mayor recato, a ser posible.

Amaygaday luchó lo indecible por no reírse en la cara del religioso. Después de todo, se avecinaban días divertidos.

- Se tomarán medidas, reverendo -de repente, recordó su principal motivo de preocupación-. Me gustaría hacerle una pregunta.

- Adelante, hijo mío -Josephson, una vez cumplida su misión, deseaba con todas sus fuerzas salir de allí, para aplicarse un cilicio y mortificarse las carnes, en castigo por sus pensamientos pecaminosos.

- Es sobre la Base que van a construir los militares.

- Ah, sí, la Base. Magna obra, para gloria del Imperio. Dios lo ha querido así: nosotros somos los pastores que llevan por buen camino al rebaño, mientras que los soldados son los perros guardianes que lo protegen de asechanzas y peligros. Los lobos no descansan.

- Sí, pero la Base va a ser edificada en una llanura que...

- Que la paz de Dios sea contigo, hijo mío -el reverendo se dio media vuelta y se apresuró a salir a la calle, donde lo aguardaba un vehículo que lo conduciría al astropuerto.

Amaygaday lo contempló marcharse. Meneó la cabeza, alzó los brazos al cielo y se retiró, alicaído. «*En fin, espero tener más suerte la próxima vez*». Sorteó a Blub, que se dedicaba a retirar la ceniza del suelo, y abandonó el recinto.

11

Lord Filstrup flotaba sobre las obras de la Base en una plataforma agrav⁴, que reflejaba los rayos solares como un disco de plata. Ordenó a su piloto otra vuelta de reconocimiento, mientras contemplaba complacido la marcha de los trabajos. Finalmente, regresaron al puesto de mando, aún no terminado. Los operarios apartaron de prisa y corriendo cajas repletas de material y despejaron una mesa con una terminal de ordenador. El comandante se sentó tras ella y pidió que lo dejaran solo.

Lord Filstrup rebotaba satisfacción. Con el ritmo que llevaban los obreros («*Menos mal que los trajimos de otros planetas acostumbrados a obedecer a sus superiores*»), en pocos meses habrían terminado. Una vez operativa, la Base, por medio de un sistema de satélites y naves robot, sería capaz de controlar un espacio de varios parsecs cúbicos; nada podría moverse, ni un meteorito, sin ser detectado, analizado y, en su caso, destruido. Sin duda, era la obra de ingeniería más impresionante realizada en varios siglos.

Pidió información al ordenador, y por la pantalla desfilaron diversos planos de la construcción. La mayor parte era subterránea, por motivos de seguridad; tan sólo emergerían las salas de libre acceso, las pistas del astropuerto y las antenas. Y todo sería llevado a cabo en un tiempo récord; la mayoría de la carga de la *Courageous* consistía en piezas prefabricadas.

Un zumbido lo arrancó de sus reflexiones. Extrañado, apretó el botón del comunicador.

- ¿Qué sucede?

- Una comitiva de nativos se ha presentado en la zona de visitas, milord -la voz era joven, respetuosa y rezumaba incertidumbre; el personal no estaba acostumbrado a tomar decisiones-. Según ellos, vienen en misión de buena voluntad, para asegurarse de que todo marcha bien.

- Qué amables -la voz del comandante era burlona-. Si no fuera porque son ineptos, diría que tratan de espiarnos. En fin, dadles una vueltecita por ahí, y que les sirvan luego bourbon con hielo y unos canapés antes de que se marchen.

- Su líder, un tal Amaygaday, dice que le gustaría hablar con el encargado de la obra, para comentar no sé qué sobre la planicie, milord.

- ¿Otra vez? ¿Acaso esos pelmazos no desisten de dar la lata? -estaba furioso-. Olvida el bourbon y los canapés; cerveza y unos pinchos de tortilla, y van que se matan. No les hagáis más caso del estrictamente necesario.

- A sus órdenes, milord.

Lord Filstrup cortó la comunicación, gruñó y volvió a enfrascarse en sus asuntos.

12

El aerodeslizador llegó puntualmente a la granja. Apagó sus motores, abrió la puerta, y un cargamento de niños descendió por una rampa hasta el suelo. Estaban un poco confundidos, acostumbrados a una larga estancia en la *Courageous*; el hallarse a cielo abierto era una novedad para ellos. Sin embargo, habían sido bien educados, y no osaron alzar la voz.

La profesora bajó a continuación, y comenzó a distribuirlos ordenadamente. Quería causar buena impresión a los nativos.

- ¡A ver, niños! -exclamó, con voz un tanto aguda-. Vosotros aquí, a la derecha; los más pequeños delante. Las niñas, lo mismo, a la izquierda. Humberto Alfredo, no te hurgues la nariz.

⁴ Agravitacional. Motor que impulsa de forma no inercial a vehículos de pequeño tamaño. Su funcionamiento viola las leyes de Newton, pero a nadie parece importarle demasiado.

Vanessa, las señoritas no ponen los pies con las puntas mirando hacia adentro, ni doblan las rodillas. Vosotras dos, Jennifer y Jessica, moderación; nada de risitas. ¿Qué dirían vuestros padres, si os vieran? Muy bien, así me gusta. Tenéis que comportaros como personas mayores, y servir de ejemplo a esos pobres indígenas.

Miss O'Punthia los revisó una vez más. Alisó vestidos, rectificó el nudo de alguna corbata y se retiró a un lado, satisfecha. Era consciente de su elevada responsabilidad, educar a los hijos de los nobles imperiales, y no perdía ocasión de hacérselo notar a todo el mundo.

Desde su más tierna infancia su madre, casada con el heredero de una baronía menor, decidió hacer de ella una perfecta señorita, toda una futura dama. Fue sometida a las más diversas torturas para conseguir que caminara derecha, se sentara correctamente, masticara con la boca cerrada, no expeliera ventosidades en público, y un largo etcétera, suficiente para completar varios libros de urbanidad. Cuando se consideró que estaba lo suficientemente preparada, fue presentada en público, con objeto de buscar un buen partido.

Pasaron los meses, transcurrieron los años, y el juvenil fruto de pasión fue convirtiéndose en una pasa. Tal vez se debiera a los rasgos equinos de su cara; quizás a su incipiente halitosis, o puede que a su risa, similar al rebuzno de un pollino en celo; el caso es que ningún hombre se fijó en ella. Su madre, mujer práctica al fin y al cabo, consiguió convencerla de la insensibilidad masculina, incapaz de reconocer la auténtica belleza interior, y de que estaba destinada a fines más elevados, más puros. Por medio de ciertas recomendaciones, y tras una lacrimosa despedida, fue contratada como institutriz de los hijos de altos mandos militares.

Sus métodos pedagógicos eran simples: rigor y disciplina. La alegría y el jolgorio eran pecaminosos, y sólo podían originar seres desgraciados. Su severidad mereció las alabanzas de sus superiores aunque, por oscuras razones que ella no comprendía, nunca fue promocionada a puestos más elevados, especialmente en la Corte Imperial, su gran sueño.

Volvió a la realidad cuando se percató de que alguien le hacía señas desde la granja. *«Debe de ser nuestra guía. ¿Cómo me dijeron que se llamaba? Ah, sí, Marel-la. Espero que sea una persona seria. Bien, vamos allá».*

- ¡Niños, nos están aguardando! -chilló; las criaturas dieron un respingo-. Atención todos: paso lento, marcial; yo marcaré el compás. ¡Ante todo, compostura y dignidad!

Cantando el *«Dios Bendiga al Imperio»* y marchando en ordenadas filas, la pequeña tropa entró en la granja de aclimatación de gandulfos semisalvajes, para cumplir su primera excursión didáctica en Galadriel.

13

Marel-la había sido aleccionada sobre lo que debía hacer y, aunque un poco fastidiada, se dispuso a cumplirlo sin rechistar. Le debía un par de favores a Amaygaday, y se notaba que el pobre viejo estaba un tanto agobiado por lo de la Base. *«Si de mí dependiera, los dejaba seguir hasta el final».* Se ajustó el atuendo, y se dispuso a recibir al grupo de futuras promesas imperiales que se acercaban cantando a grandes voces. *«Tengo que preguntar cómo consiguen esa sincronización; tal vez pueda aplicarla a mi coral de canoides».*

Conforme se aproximaban, fue examinando a sus visitantes. La profesora le recordó a una momia, aunque a éstas solían amortajarlas con unas atuendos más funcionales. El vestido era negro, informe, y sólo dejaba ver la cabeza, las manos y las puntas de los zapatos; bajo la falda se adivinaban dos o tres sayas. En lo alto de la coronilla, un moño en forma de gran albóndiga mantenía el pelo tirante a más no poder. Los niños llevaban traje completo, con chaqueta, pantalón y corbata; el vestido de las niñas era similar al de su profesora, aunque de un blanco immaculado, símbolo de pureza.

Las dos mujeres se encontraron, por fin. Los niños dejaron de cantar y se detuvieron,

pasmados.

- Miss Annabel O'Punthia -consiguió presentarse, a duras penas.

- Marel·la Bakdakay Ñursifugla Sogubbha Dubiguday... Creo que omitiré los apellidos. ¿Se encuentra bien? -preguntó, solícita.

- ¿Qué... qué es lo que lleva usted puesto? -Miss O'Punthia creía estar soñando.

- ¿Esto? Ah, sí. El reverendo Josephson puso ciertas objeciones a nuestra indumentaria, así que busqué en el guardarropa algo de cuerpo entero; lamento no tener nada más discreto. Es un disfraz de una obra de teatro que representamos, años ha; todo un clásico de principios de la Era Espacial, en la Vieja Tierra, que rescatamos de la biblioteca, durante una limpieza general. Yo hacía el papel de Fifi, la Ballenita Huerfanita, perseguida sin descanso por un barco armado de arpones explosivos, hasta que al final me salvaba un apuesto ecologista. Nuestra versión era un poco libre, pero conservaba el espíritu original. No es un atuendo molesto, aunque la cola estorba un poco al doblar las esquinas o al ir al retrete, y el rosa no me favorece -hizo una pausa-. Bien, creo que estarán deseando visitar la granja. Cuando gusten.

La profesora tragó saliva, y consiguió recuperar la compostura. Miró a sus pupilos, que estaban con ojos muy abiertos, como un grupo de mochuelos.

- ¡Niños! -los chiquillos se pusieron firmes, ante la severidad de su voz-. Seguidnos.

Pasaron por la zona de oficinas, y entraron en un área de corrales. Cada uno de ellos estaba cercado por una valla electrificada y una armazón de barras de fibrorresina. Los psicólogos hacían sus rondas, cuidando de los animales, y una música ambiental suave actuaba como sedante. Marel·la explicaba a los niños lo que veían a su alrededor.

- En estas salas se realiza la selección de los gandulfos más prometedores, una vez identificados por los sexadores en la etapa prepuberal, y separados en sus tres grupos genésicos: machos, hembras y aceptores. Si estuvieran juntos ahora, entrarían en fase aciaga, y sería peligroso; sólo podrían ser calmados soflamándoles los cigoblastos, tarea asaz problemática. Perdón, estoy desvariando. Aquí se llevan a cabo las pruebas para dilucidar qué individuos serán destinados a sementales, a la producción de mollejas o a la comisión de festejos -pasaron junto a una jaula-. Caramba, ése es un macho -Marel·la lo miró, y emitió un silbido-. Animalito.

- Señorita, ¿qué es eso que tiene ahí? -preguntó una niña.

Miss O'Punthia pasó de una palidez marmórea a un rojo cereza en cuestión de segundos. Sin embargo, el sentido del deber se impuso; tenía que velar por la moral de los pequeños.

- Nada, Vanessa, un rabito.

- ¿Otro, señorita?

- ¿No hay animales con uno y dos cuernos? Pues lo mismo, Vanessita, hija.

- Ah -la niña no parecía muy convencida.

Miss O'Punthia echó un vistazo a los críos. Algunos reían y cuchicheaban entre ellos. Antes de que pudiera imponer orden, otra niña le tiró del vestido.

- Señorita, ¿qué están haciendo esos dos gandulfos? -los señaló con el dedo, y las miradas de todos se dirigieron hacia ellos.

- Nada, Jessica, están jugando -lamentó no tener un pañuelo para enjugarse el sudor.

- ¿Y a qué juegan, señorita?

- ¡Huy, que doña Marel·la se nos va, y aún tiene que enseñarnos cosas preciosas! -puso su mejor sonrisa, y empujó a los niños fuera de allí, a modo de retirada estratégica-. Vamos, vamos, perezosos; se hace tarde.

Se introdujeron en una gran nave, donde reinaba un olor peculiar. Marel·la continuó con su explicación.

- Aquí extraemos las mollejas, que son hervidas y escabechadas en aquellos tanques del fondo. No os preocupéis por el sufrimiento de la operación; los gandulfos carecen de sistema nervioso. Luego, el producto es liofilizado y transportado a los mejores restaurantes del Gran

Circuito.

Los niños se acercaron a una mesa, donde un gandulfo era viviseccionado. Se distribuyeron a su alrededor, encantados.

- ¿Nos dejarán manejar el bisturí, señora? -preguntó un niño, con la ilusión dibujada en su cara.

- Tendrás que pedirselo a Miss O'Punthia, hijo -contestó Marel-la-. Parece que sus discípulos están contentos, profesora; me alegro de que todo haya salido bien. Ya sabe, cualquier cosa que necesite, sólo tiene que pedirnosla. Dentro de poco, será la Gran Jauría de los Canoides; sus ceremonias les interesarán mucho, estoy segura -de repente, recordó-. Ah, me gustaría hecerle una sugerencia. Si puede comunicarse con los mandos militares, debería decirles algo sobre el emplazamiento de su Base. Esa planicie se caracteriza por... Miss O'Punthia, ¿se encuentra usted bien? Se ha puesto verde. ¿No irá a...? -se oyó un batacazo-. Joder, ¿pues no se le ha ocurrido desmayarse? Hijo, corre a las oficinas y pregunta por un médico; de paso, trae un vaso de agua -le dio unas palmaditas en la cara a la mujer que yacía en el suelo-. Tal vez le falte aire. ¿Alguien sabe como se desabrocha este vestido? Niño, no me tires de la cola, que tengo que devolver el traje al teatro. Tú, que las mollejas de gandulfo no se comen crudas. Válgame Cthulhu, qué críos.

14

Amaygaday contempló con tristeza la llanura, donde las estructuras de la Base crecían día a día.

- ¿Tuviste suerte, Janak? -preguntó al hombre que estaba a su lado.

- Nada, colega. Todos mis intentos de decírselo tropezaron con un muro burocrático. Palabras amables, pero se notaba que no sabían qué idear para deshacerse de mí. No me dejaban terminar una frase.

- Entre que son tontos, y que piensan que lo somos, no vamos a ningún sitio -Amaygaday se levantó y se dirigió cansinamente hacia su vehículo-. ¿Qué podemos hacer ahora, compañero? Lo de las excursiones infantiles terminó casi antes de empezar, creo.

Janak le pasó una mano por los hombros.

- Tranquilo, querido amigo. Ya hemos logrado reunir cincuenta voluntarios, dispuestos para asistir a la caquexia de los sacerdotes imperiales.

- Catequesis, no caquexia.

- ¿Y qué significa eso?

- Me temo que pronto lo averiguaremos. En todo caso, confío en que alguno de los cincuenta consiga decirles lo de la planicie.

15

PRIMER DÍA:

El salón de actos del Ilustre Colegio de Parafilósofos Sicalípticos estaba más poblado que nunca en su historia. Medio centenar de jóvenes aguardaban impacientes la llegada de los imperiales, que habrían de mostrarles las ventajas de su modo de vida. Todos llevaban su ordenador de bolsillo para tomar notas; algunos, para que los educadores vieran que les hacían caso y se sintieran útiles; otros, con idea de recoger datos para una tesis sobre Antropología Comparada o Psicología Aplicada. Tan sólo se oía el sordo rumor de los cuchicheos; Blubs y demás semovientes habían sido retirados discretamente, para evitar que los visitantes se molestaran o cohibieran.

De repente, cesaron las conversaciones. Amaygaday entró corriendo en el salón.

- Ahí vienen -les anunció-. Tratad de ser corteses, seguidles la corriente y, en cuanto

podáis, mentadles lo de la Base.

- Descuida -repuso una chica-. No os defraudaremos.

Al fondo del pasillo se percibieron unos pasos apagados; instantes después, la comitiva imperial penetró en el recinto, encabezada por el reverendo Josephson. Amaygaday los saludó amablemente e hizo las presentaciones de rigor.

- Reverendo, señores, ante ustedes tienen una representación de nuestra juventud, deseosa de aprender sus enseñanzas, para extraer de ellas sabiduría -hizo una reverencia y se retiró discretamente.

El sacerdote indicó a sus acompañantes que se sentaran, y fue obedecido de inmediato. Lo había meditado largamente, y al final eligió una combinación que siempre le había dado buenos resultados. Por supuesto, se trataba de tres matrimonios felices y bien avenidos, aunque los maridos tenían caracteres netamente distintos: uno era campechano y abierto, otro un intelectual versado en el estudio de las Sagradas Escrituras, y el tercero un auténtico santo. Las mujeres, como era su deber, quedaban en un segundo plano, aunque no por ello menos importante: eran la alegría del hogar, el consuelo del esposo, las depositarias de la virtud. Las contempló, arrobado: las tres vestidas con elegancia, discretamente enjoyadas, con una melena rubia recogida en un moño y los ojos pintados de azul, para solaz de sus maridos; estaban sentadas en el borde de la silla, con la espalda recta, las manos en el regazo y las piernas en una postura que no daba lugar a poses indecorosas, bien tapadas por la falda.

Josephson se tranquilizó. A pesar de que había advertido a sus compañeros sobre lo que se iban a encontrar, era difícil mantener la compostura ante el espectáculo que ofrecían los oyentes. Por fortuna, lo habían encajado bien, aunque las sonrisas eran un tanto forzadas. Satisfecho, se enfrentó a su auditorio. Si todo marchaba como era menester, en unas semanas se vestirían decentemente y cada uno conocería su misión en la vida.

- Hijos míos -empleó su tono de voz más amistoso-, me siento muy feliz por haber cumplido uno de mis sueños: gozar de la oportunidad de mostraros cómo la Palabra de Dios iluminó nuestra existencia, y daros testimonio de la infinita dicha que supone. Antes, nuestro paso por el mundo era gris, vacío; ahora, aparece pleno de sentido. Tan sólo existe algo más maravilloso, y es compartir este conocimiento con los demás, especialmente los que empezáis a vivir. Una de las mayores ofrendas que podemos hacer a Dios es donar nuevas almas a Su rebaño.

El reverendo se dirigió a una mesa y bebió un poco de agua de un aparato dispuesto al efecto. Acto seguido, tomó un papel que Amaygaday le había entregado previamente.

- Hijos míos, en los próximos días llegaremos a conocernos muy bien, eso espero. No es necesario que digáis vuestros nombres ahora; supongo que ya os conocéis entre vosotros, y yo tengo esta lista donde estáis todos registrados -le echó una ojeada-. Muy bien; hay veinte chicos, veintisiete chicas y... -frunció el ceño-. Y tres canoides subadultos -sonaron tres ladridos estridentes.

Josephson respiró hondo. «¿Por qué esta gente no actuará como las personas normales? Dulce Jesús, dame paciencia». Prosiguió:

- Nosotros somos menos, y nos presentaremos. Dado que vamos a confraternizar, emplearemos nuestros nombres de pila; nada de apellidos, títulos ni formalidades. A mí ya me conocéis; éstos son John y Maggie -el hombre campechano y su mujer se adelantaron y saludaron con la mano-; Ernesto Ricardo y María Virtudes -el erudito y su pareja hicieron lo mismo-; Aarón y Sophie -los dos restantes inclinaron de cabeza; parecían más tímidos-. Bien, creo que ya he hablado bastante -sonrió-. Ernesto Ricardo, es tu turno.

El reverendo se sentó en una butaca, y su puesto fue ocupado por un individuo de mediana estatura, moreno y de pelo corto, con gafas; sin duda, pensaba que este arcaico artilugio le daba un aire más docto. Comenzó a hablar en voz baja; nadie se enteró del contenido de su

charla hasta que, diez minutos después, un alma caritativa le proporcionó un micrófono. Se lo puso en la chaqueta y prosiguió, como si nada hubiera ocurrido:

- Por tanto, ya habréis comprendido la importancia de dotar de un sentido a la vida, de fijarse una meta -las palabras se sucedían velozmente, con un tono monocorde y soporífero-. Eso es todo -se levantó y regresó a su sitio, con la satisfacción del deber cumplido.

El reverendo Josephson volvió a tomar el relevo.

- Por tratarse del primer día, no queremos fatigaros mucho; necesitaréis tiempo, para meditar sobre las enseñanzas de Ernesto Ricardo. Sin embargo, para romper el hielo y animaros a participar, haremos un pequeño ejercicio. John y Maggie os repartirán unos trozos de papel, en los que daréis respuesta a las preguntas planteadas en el discurso: ¿Qué es la vida? ¿Para qué estamos aquí? No es necesario que la contestación sea muy prolija; basta con algo al estilo de: «*para servir a los demás*», «*para dar testimonio del sacrificio que Cristo Dios hizo por nosotros*», «*para mejorar y cumplir con lo que los demás esperan de mí*», etcétera.

La pareja de imperiales repartió cuartillas y lápices entre los jóvenes, los cuales, al verlos tan entusiasmados, prefirieron no decirles que todos portaban impresoras de bolsillo. John fue dando palmadas y soltando frases jocosas mientras entregaba los papeles, evitando cuidadosamente mirar a las chicas; casi todas llevaban los dos (a veces cuatro) senos al descubierto, pintados de colores, y los pantalones tenían agujeros en los sitios más inverosímiles. Dejaron cinco minutos para que escribieran las respuestas, las recogieron y las apilaron sobre una mesa. Ernesto Ricardo y María Virtudes comenzaron a leerlas.

- La primera dice... ¿eh? -la mujer desdobló el papelito, sólo para descubrir que le faltaba un pedazo, arrancado de un mordisco; al fondo de la sala sonó un ladrido.

- No es necesario que los canoides expresen su opinión -el reverendo Josephson sonrió, indulgente-. Prosigue, Ernesto Ricardo, por favor.

La pareja fue tomando las cuartillas, leyendo alternativamente su contenido y depositándolas en un montón a su lado.

- *Para encontrarme a mí mismo; a veces me pierdo.*

- *No sé; nadie me pidió permiso, a la hora de ponerme aquí.*

- *Para sobrugiptar los ñascordios, aunque con cierta moderación: sólo los días pares.*

- *Buena pregunta.*

- *Prefiero no decírselo; parecen ustedes personas sensibles.*

- *Desgraciadamente, mi ordenador ha perdido la conexión con los bancos de datos de la biblioteca central. Mañana los consultaré y les daré la respuesta, ¿de acuerdo?*

- *Estoy aquí por culpa de una apuesta. Tal vez logre adquirir sabiduría, lo cual me lleva a profundas reflexiones sobre el azar y el destino.*

- *Si yo lo supiera...*

Los semblantes de Ernesto Ricardo y María Virtudes fueron perdiendo paulatinamente su sonrisa inicial, sustituida por una cierta tensión y palidez. Les temblaba el pulso.

- *Para amar y ser amado; espero que con más frecuencia que la actual, porque no me como una rosca.*

- *Para practicar el... el...* -la cara de María Virtudes enrojeció como un tomate; la mujer quedó paralizada y boquiabierta, incapaz de leer lo que tenía escrito ante ella y tratando de imaginárselo.

El reverendo Josephson acudió al rescate; la pareja le lanzó una mirada cargada de gratitud.

- Bien, no es necesario proseguir, je, je. Vuestras respuestas han sido muy... interesantes, je, je, y han contribuido a que nos conozcamos mejor. Mañana, a la misma hora, continuaremos con unas charlas y actividades que, a buen seguro, despertarán vuestro interés. Adiós, hijos míos, adiós.

La despedida de los imperiales fue más bien una huida a la desbandada. Sin dejar de sonreír, se marcharon por el pasillo. Los jóvenes se levantaron de sus asientos y se dispusieron a partir.

- Mirad, se han dejado aquí los papeles que les dimos -dijo una chica.

- También es mala pata -respondió otra-; yo les escribí lo de la Base militar, y supongo que alguien más haría lo mismo -se levantaron una docena de brazos-. Mirad, era el siguiente. En fin, otro día tendremos más suerte.

El salón quedó en silencio. Minutos después, Blub se acercó a la mesa y fagocitó los papeles y los vasos de plástico, dejándolo todo listo para una nueva sesión.

16

SEGUNDO DÍA:

El reverendo Josephson estaba sentado a un lado, supervisando a los suyos. En esta ocasión, le había tocado a John mostrar al auditorio las virtudes del matrimonio. Tras comentar veinte veces lo abierto de su talante, que era un tipo cojonudo, y su disposición a comprender puntos de vista ajenos, entró en materia. Procuraba irradiar espontaneidad por los cuatro costados; sabía que su misión era actuar de gancho, para que sus compañeros, más adelante, pudieran profundizar en aspectos más complejos de la doctrina.

- Una persona sola es como un jardín sin flores, un ordenador sin sistema operativo, una astronave sin motor MRL: siempre le faltará algo para ser ella misma. Algunos hombres, dotados de una voluntad superior, como nuestro reverendo -el aludido respondió con una sonrisa de humildad, hipócrita a todas luces-, cubren esa carencia gracias a su profundo conocimiento de la Palabra Divina. Sin embargo, los humanos corrientes, la clase de tropa, como yo -se palmeó el pecho- o vosotros -barrió el salón con un ademán- no podemos aspirar a tanto, aunque ¿quién sabe? -les lanzó una sonrisa pícaro-. Mas Dios, en Su Infinita Sabiduría, nos proporcionó un medio para alcanzar la felicidad y realizarnos en esta vida: el amor puro entre el hombre y la mujer, cuyo santo fin es el matrimonio y la bendición de los hijos, tantos como el Cielo quiera otorgarnos, ¿verdad, Maggie? -la mujer asentía a todo lo que decía su marido-. Y ahora, antes de seguir contándoos nuestro testimonio de amor, ¡sí, de amor, y no me avergüenza admitirlo! -gritó-, ¿tenéis alguna pregunta, alguna duda que aclarar?

Una muchacha levantó el brazo.

- ¿Qué significa la palabra *matrimonio*, señor?

Antes de que las neuronas de John se reorganizaran y le permitieran emitir una respuesta coherente, otra chica se le adelantó:

- De acuerdo con mi diccionario universal abreviado -pulsó unas teclas en su ordenador-, se trata de la Figura nº 1.1.a, contemplada en el Reglamento de Uniones con Fines Reproductores y/o de Convivencia, edición revisada de este año.

- ¿La 1.1.a? ¿La primera de la lista? -la joven no salía de su asombro-. Pero, ¿no se había extinguido? La más antigua que he practicado es la 1452.12.bis, el círculo xenófilo abstruso.

- La más vieja que yo recuerdo es la 913.5.a, la familia polinuclear flácida -respondió la chica del diccionario.

Un muchacho bajito, vestido a rayas verdinegras, entró tímidamente en la conversación.

- Pues yo salí la semana pasada de una 214.1.a, el mandala tántrico gimnástico. Todavía tengo agujetas, fijaos.

- ¿En qué siglo vives, chaval? -le riñó otra joven-. Este año se llevan las tétradas solapadas. Por cierto, nos falta una persona para completar la nuestra. ¿Te apuntas? El gandulfo hinchable ya está comprado; en cuanto le instalemos el chip de sonido, será operativo.

Los imperiales se habían quedado de piedra. John agarró un vaso de agua con mano

crispada y bebió su contenido como si su salvación dependiera de ello. Si la reunión se le escapaba de las manos, todo el trabajo del reverendo se iría al garete. A duras penas, recompuso una pose campechana.

- Vuestros comentarios son muy interesantes, pero en cuanto meditéis sobre las ventajas del matrimonio, descubriréis por qué es la norma en todo el Imperio. Maggie os explicará las satisfacciones que comporta; su sensibilidad femenina expresará nuestros sentimientos mejor que yo, que soy un patoso, je, je. Cuando quieras, cariño.

La mujer carraspeó delicadamente y puso las manos bajo la barbilla; los anillos brillaron a la luz de las lámparas, y trazaron complicados reflejos en las capas de maquillaje que cubrían su cara. Habló con el mismo tono que si tratara de enseñar la tabla de multiplicar a unos niños pequeños.

- Vosotros aún sois muy jóvenes para apreciarlo, pero el matrimonio dio a nuestras vidas un sentido pleno. La dicha, el amor que nos profesamos, y que transmitimos a nuestros once hijos es algo inenarrable. Cuando hemos pasado por alguna dificultad (y nadie está libre de ellas; ya lo comprobaréis en el futuro), la familia permaneció unida, y eso nos dio fuerzas para superarla. ¿Y ver crecer a los niños? Todos los mayores fueron al Ejército, y viajan por las estrellas, defendiendo al Imperio, pero siempre se acuerdan de mandarnos una postal por Navidad. ¿Veis? Uno nunca olvida a la familia. Algunos quizás os preguntéis si tras veinticinco años de matrimonio no nos hemos cansado el uno del otro. ¡Pues no! Si el amor se cuida, es como un árbol, más hermoso cuanto más viejo. Cuando John llega a casa cansado del trabajo, yo lo espero con mis mejores galas, le preparo la comida y luego salimos a pasear por el parque cogidos de la mano, y nos contamos los problemas, que siempre son superables con la ayuda de Dios, y...

Maggie estuvo hablando durante media hora, con la mirada perdida en el infinito. Su marido advirtió que el auditorio se removía inquieto en los asientos, lo cual era muy mala señal. Cortó como pudo a su esposa, y siguió con el plan previsto.

- Bien, ya habéis escuchado un testimonio real como la vida misma; medita sobre ello. Puede que muchos de vosotros aún no hayáis pensado en compartir vuestra vida con alguien, pero queráis hacerlo en un futuro próximo. Sería interesante que contaseis vuestros proyectos a los demás. Venga, animaos; qué tímidos sois, je, je. Ah, por fin se decide alguien, je, j...

La carcajada murió en algún punto de su laringe. Dos muchachos quinceañeros y un canoide subadulto se levantaron y se dirigieron hacia él. El más alto actuó como portavoz.

- ¡Hola! Me llamo Crabbam; mi compañero es Drikkick, y éste es Grruk. Hemos atendido a lo que ha dicho Maggie, y los tres hemos decidido casarnos. No se preocupe, Grruk es muy educado; anda, saluda al señor.

- Arf -dijo el canoide, y le ofreció una patita.

- Jesús -farfulló John, a duras penas.

- No, mi nombre es Crabbam. Sí, es muy bonito todo eso de fundar una familia y permanecer unidos; además, Grruk podría cuidar de los niños; su ferocidad es por todos alabada, aunque también posee su lado tierno. No hemos decidido todavía a quién le tocaría implantarse un útero, y nos parece muy frívolo echarlo a suertes. ¿Tal vez alguno de ustedes podría elegir por nosotros?

Los imperiales se apartaron de él con toda la delicadeza de la que fueron capaces, como si se enfrentaran a una cobra escupidora. En cambio, John permanecía en pie, los brazos caídos a los costados.

- Jesús -dijo.

- No, Crabbam. En el peor de los casos, podríamos adoptar una parejita de Pájaros Whakkamole. Enseñarlos a decir: «hola, papá; hola, mamá», debe de ser lo más parecido a educar a los hijos, ¿no opina lo mismo? Grruk, no huelas la entrepierna del señor, que puede molestarse.

- Arf.
 - Jesús.
 - No, Crabbam. Oiga, ¿le sucede algo? Creo que tiene mala cara. ¿Le sentó mal la comida?
- La reunión fue disuelta antes de lo previsto.

17

TERCER DÍA:

El doctor Schultz, especialmente invitado para la ocasión, apagó el proyector, y las luces del salón se encendieron. Guardó su puntero láser en un bolsillo y miró a los muchachos.

- Y con esto, termino mi exposición sobre el execrable crimen del aborto, un auténtico sabotaje contra la Obra de Dios, y los métodos anticonceptivos. Como he demostrado, todos tienen sus inconvenientes: el coitus interruptus y el preservativo pueden fallar, y privan a la mujer del placer de sentir la eyaculación; las píldoras poseen indeseables efectos secundarios; los dispositivos internos son traicioneros, y la vasectomía y ligadura de trompas no siempre son reversibles, y pueden dar lugar a amargos arrepentimientos. En resumen, la abstinencia meditada y responsable, ayudada por saludables e higiénicas duchas frías, y apropiados ejercicios gimnásticos, es el método más fiable, en tanto que se ajusta a lo expresado por las Sagradas Escrituras. Ya sé que las imágenes y terminología utilizadas pueden herir la sensibilidad en individuos no preparados, pero los aquí presentes somos conscientes de su necesidad -miró a los matrimonios imperiales, que asintieron con gesto grave-. Podéis preguntar cuanto deseéis.

Se hizo un silencio sepulcral, denso, que casi se podía palpar. Al cabo de un minuto, el doctor Schultz, un poco cortado, volvió a hacer uso de la palabra:

- Quizá el vocabulario empleado ha sido demasiado técnico; en tal caso, pido perdón. Si queréis, podemos repetir la charla en términos más simples y accesibles.

Los jóvenes se miraron unos a otros, con semblante cariacontecido.

- ¿No os atrevéis? -inquirió el doctor-. Creo que sois personas mayores, para que os avergoncéis de hablar de ciertas cosas. Venga, tú misma -señaló a la chica más cercana-, dame tu opinión. ¿Ha sido una exposición muy complicada?

La muchacha se puso en pie. Miró a los demás, y se encogió de hombros.

- Todos los habitantes de Galadriel recibimos el equivalente a una licenciatura en Ciencias Biológicas antes de cumplir los diez años, por implantación cerebral directa, señor. En un planeta plagado de seres alienígenas semiinteligentes, tal conocimiento es necesario para evitar situaciones embarazosas. Imagínese si no pudiéramos distinguir a un canoide que pide una galleta, de otro que requiere atención sexual. Por cierto, si lo desea, podemos facilitarle el acceso a los bancos de datos de la Universidad de Valinor; los suyos resultan un poco desfasados.

El doctor Schultz pareció encogerse, como un globo que se deshincha. Murmuró una frase de despedida y se marchó por el pasillo.

El reverendo Josephson trató de salvar la situación.

- Bien, hijos míos, aunque el doctor necesite actualizar algunas cosillas (menudencias, más bien), estaréis de acuerdo en el fondo de la cuestión. ¿Qué opináis vosotros de los métodos anticonceptivos?

- Responde tú, ya que estás de pie -dijo alguien.

La chica suspiró; había decidido que el próximo día se sentaría en la última fila, con los canoides.

- Después del nacimiento, en los chequeos de rutina (análisis genético, vacunaciones, ya sabe), se nos altera el sistema hipotálamo-hipofisario, de forma que podemos controlar a voluntad la ovulación, o suprimirla sin riesgos. Recientemente, el Comité Anti-Discriminación logró

realizar algo parecido con los niños; tras la pubertad, son capaces de elegir entre producir espermatozoides con el cromosoma X o Y. Por tanto, el número y sexo de los hijos es determinado a voluntad por los progenitores -hizo una pausa-. La exposición del doctor Schultz ha sido muy instructiva, especialmente para los que deseamos profundizar en la historia de la Ciencia. Nuestros museos antropológicos no son demasiado buenos.

El reverendo Josephson nunca pensó que resultara tan difícil adoptar una expresión bondadosa. Luchando contra un tic nervioso que parecía decidido a instalarse en su barbilla, se levantó y se dirigió a los jóvenes.

- Por lo que veo, vuestra formación científica y humanística es envidiable; debéis dar gracias a Dios por ello, ya que no todos son tan afortunados. A partir de mañana entraremos en los aspectos doctrinales, que sin duda iluminarán vuestras mentes y os harán reconsiderar ciertas actitudes, hijos míos; estoy seguro. Por cierto -procuró ser lo más diplomático posible-, la completa apreciación de las Divinas Enseñanzas requiere una predisposición especial. Si... esto... sería de agradecer que os vistierais con el recato necesario. Mirad, os repartiremos unas láminas que ilustran la indumentaria de otros jóvenes, millones de ellos, que sirven a la Obra de Dios. Tal vez os resulte austera, pero recordad que Él prefiere un burrito laborioso y humilde antes que un caballo enjaezado, incapaz de trabajar abrumado por sus oropeles. Agradecemos de antemano vuestra colaboración.

Los imperiales se retiraron, mientras los demás estudiaban los dibujos con cara de desconsuelo.

- ¿No se asarán de calor, con tanta ropa?

- ¿Para eso me he pasado una semana tiñéndome la piel? -dijo un joven que exhibía un abdomen a lunares violetas y ocres.

- ¿Y de dónde los sacamos? Si voy a una tienda pidiendo algo parecido, seguro que me echan a patadas.

- ¡Ya lo tengo! -una chica menuda levantó la mano y saltó, alborozada-. Conozco al encargado del ordenador-sastre de la comisión de festejos. Aún no ha desmontado las máquinas de coser, ni borrado los programas, así que si lo invitamos a cenar en un buen restaurante, para mañana lo tendrá listo todo.

- ¿Y de dónde sacamos la tela?

- ¿Recordáis la fiesta de bienvenida a los imperiales? Creo que sé en qué almacén guardaron un sinfín de colgaduras con que engalanaron la ciudad.

18

CUARTO DÍA:

El reverendo Josephson contempló a los jóvenes, presa de un mosqueo considerable. Todos, canoïdes subadultos inclusive, se cubrían con una especie de poncho, más bien un saco, confeccionado con dos banderas imperiales cosidas por los bordes. Escrutó las caras, buscando en ellas rastros de sarcasmo, pero los nativos exhibían la más cándida inocencia. El sacerdote hizo de tripas corazón, lució su mejor sonrisa y empezó la sesión.

- Hijos míos, hoy iniciaremos el análisis de los elementos que configuran nuestras creencias. Sin duda, el más importante, lo que da sentido a nuestra vida, es la Fe, primera de las virtudes teologales. Sin ella, la existencia es estéril, vacía. Pero no temáis, os ahorraré una charla aburrida, je, je. Para que lo comprendáis mejor, tenemos preparado un bonito audiovisual, que seguro os gustará; se titula: «*El país de los pozos*» -los jóvenes se miraron, extrañados-. Es una hermosa alegoría; contempladla con atención, en silencio, y después os reuniréis en grupos para comentarla.

Ernesto Ricardo tomó un vetusto disco óptico, ajado por el uso, y lo introdujo en el lector.

Las luces se apagaron, se abrió una pantalla y comenzó a sonar una suave música de fondo. Apareció la fotografía de una cartulina en la que alguien, con mejor voluntad que sentido estético, había escrito el título en inglés, idioma ceremonial del imperio, y su traducción en interlingua.

- *El país de los pozos* -apuntó una voz en off, grave y profunda.

La imagen cambió, mostrando otro dibujo sobre cartulina. Se veía una llanura reseca, con una montaña al fondo, donde se situaban numerosos pozos, con su brocal, su polea y su cubo. Cada uno mostraba un rostro con grandes ojos, nariz y boca; de los costados salía un par de bracitos delgados. El estilo era más bien naïf, o tal vez el artista no era muy diestro en el manejo de la acuarela.

- *En el país de los pozos vivían muchos pozos; pozos grandes, pequeños, altos, bajos...*

Imágenes ilustrativas se sucedieron, una tras otra, tan repetitivas como la voz en off; por lo visto, los responsables del audiovisual creían firmemente en las virtudes pedagógicas de la aliteración.

- *Su único objetivo en la vida era llenarse de cosas, atiborrarse.*

En la pantalla se veían pozos con expresión maniaca y desordenada, metiendo en su interior los más diversos artilugios. Uno aparecía repleto de libros; otro, de pantallas de ordenador; un tercero, de electrodomésticos; otro más, de revistas porno. La voz en off fue describiendo los casos, que se sucedían cada vez a mayor velocidad. La música se fue tornando frenética, caótica.

- *Así, pues, los pozos tenían todo lo que querían* -prosiguió la voz-. *No necesitaban a nadie; estaban aislados, cada uno se bastaba a sí mismo. Entonces, ¿por qué a veces se sentían mal, o se notaban como vacíos?*

Las ilustraciones mostraron a los pozos repletos de chismes, con cara macilenta, enfermiza, en medio de la llanura agostada.

- *Sin embargo, un día, uno de los pozos hizo una limpieza de su interior. Retiró los objetos que había acumulado* -imagen al efecto-, *y en el fondo, ¡oh, sorpresa! ¿Qué diréis que encontró?* -el siguiente dibujo mostró una sección transversal del pozo, aunque la perspectiva era un poco rara-. *¡Agua...!* -el tono era solemne-. *Sí, un agua pura, fresca y cristalina que sació su sed, y lo hizo sentirse estupendamente, mucho mejor que nunca antes* -el pozo extraía el líquido de una veta del subsuelo con el cubo y se lo vertía por encima, hasta que el nivel rebosó el brocal-. *Tanta era el agua que guardaba en su interior, que decidió compartirla, y ofrecérsela a los demás. Muchos no la aceptaron, pero otros sí; comprobad lo que pasó.*

La música sonaba ahora jubilosa. A los pozos que tomaban el líquido se les iluminaba la cara, arrojaban su contenido de cachivaches bien lejos y aparecían rebosantes de agua. Sus colores eran brillantes, bien diferentes a los del resto, grisáceos.

- *Uno de los pozos hizo un experimento. Regó con su agua la tierra reseca a su alrededor, y, para su sorpresa, de lo que parecía un yermo estéril brotó la hierba y nacieron las flores.*

El artista había pintado unas cosas que recordaban vagamente a margaritas en torno a los pozos, que alzaban los brazos al cielo, alborozados. De repente, la música bajó de volumen, y se hizo más misteriosa, solemne.

- *Algunos de los pozos se preguntaron cuál era el origen de su agua, que les había traído la felicidad, y otorgado un sentido a sus vidas, al compartirla.*

Se sucedieron imágenes de cortes transversales del terreno, cada vez a mayor escala.

- *Tras mucho investigar, descubrieron que el agua procedía de la montaña que, cargada de nieve, la enviaba a la llanura por numerosas vetas subterráneas. Siempre había estado ahí, pero ninguno le había hecho caso; todos vivían de espaldas a ella. Los pozos comprendieron que habían sido construidos para liberar esa agua de vida, cedida gratuitamente, y hacer felices a los demás, cumpliendo con su misión en el mundo.*

El audiovisual terminó con una imagen de la montaña, de forma triangular, en la que habían pintado una cara serena, con los ojos cerrados. La música culminó en una apoteosis final, el lector se desconectó y las luces del salón se encendieron.

El reverendo Josephson se dirigió a los jóvenes, satisfecho. De todos los montajes que ofrecía la editorial religiosa *Torre de Luz*, éste era el que mejores resultados daba. El auditorio captaba intuitivamente el significado e importancia de la introspección y renunciaba a los placeres mundanos para alcanzar la Fe, incluso en los planetas más atrasados. Mentalmente, elevó una breve plegaria en agradecimiento a los escritores y artistas que producían obras tan simples, pero de tamaño profundidad.

- ¿Qué, os ha gustado, hijos míos? Nosotros lo habremos visto cientos de veces, y cada vez lo encontramos más agradable. Bien, ahora os reuniréis en grupos de diez, charlaréis sobre el tema y rellenaréis unos cuestionarios que os facilitaremos. Nombraréis unos portavoces, y luego realizaremos la puesta en común. Tenéis media hora, así que pensad vuestras respuestas. Nosotros nos marchamos, para que podáis expresaros con libertad. Hasta pronto.

Pasó el tiempo, y todos retornaron a sus sitios. Una chica, la portavoz del primer grupo, se levantó.

- La primera pregunta del cuestionario es: «¿Qué mensaje os ha transmitido la historia de los pozos?» Sin duda, se trata de un alegato a favor del correcto manejo de las reservas hidrológicas, uno de los mayores problemas en los mundos desérticos, como 61-Cygni-4, sin ir más lejos. La no utilización de los recursos disponibles equivale a un crimen. La segunda pregunta es: «¿Qué os ha llamado más la atención de la historia?» Sin duda, el empleo de pozos. De acuerdo, son más idóneos para una antropomorfización con fines didácticos, aunque quedan un poco ridículos; sin embargo, en una planicie reseca, lo más adecuado es un aljibe subterráneo, recubierto de fibrorresina impermeable. El despilfarro de agua por evapotranspiración o filtración a través de los pozos es considerable. Por supuesto, hay llanuras que requieren otro tratamiento; la que ustedes han empleado para construir su Base militar es un ejemplo que, si lo desean, luego comentaremos. La tercera pregunta es...

- Déjalo, hija mía, déjalo -los ojos del reverendo Josephson estaban húmedos-. Mañana continuaremos con otro... -tuvo que coger un pañuelo y sonarse las narices-. Con otro audiovisual -abandonó el salón, caminando a paso lento, con los hombros caídos.

19

QUINTO DÍA:

Josephson conectó el reproductor de vídeo. «*Si esto no los convence, me doy por vencido*». Antes de pulsar el botón de avance, hizo una pequeña introducción.

- Hijos míos, os vamos a mostrar la filmación de uno de los discursos del reverendo Francisco Jones. Es un personaje entrañable, muy amado por sus feligreses, que posee algo que a mí me falta: el don de la palabra, la vehemencia, la capacidad de hacerse comprender por todos. Sus prédicas son famosas en todo el Imperio.

En la pantalla apareció el interior de un amplio templo de paredes blancas. Sobre un estrado, un sacerdote vestido con ropas negras y holgadas corría de un sitio a otro, con la agilidad de una comadreja, soltando chascarrillos, a los que la nutrida grey respondía con aplausos y carcajadas. Al fondo, un coro infantil cantaba salmos de vez en cuando.

- Y vosotros os preguntaréis, ¡sí, os preguntaréis! -vociferaba Jones-, qué hace falta para entrar en el reino de Dios. Algunos piensan: «*Es muy complicado*», y desisten, y pecan, y su alma fenece. ¡Pues no! -el coro entonó un aleluya-. Sin querer emular al Dulce Jesús, ya que todos somos gusanos comparados con Su Gloria, os contaré una parábola, como hacía Él.

Se detuvo en medio del estrado, que más bien parecía un escenario, y controló con su

mirada a los fieles. Prosiguió, en el más puro estilo histriónico:

- Imaginaos la oficina de un banco; uno bien grande: el Imperial de Crédito, por ejemplo. En la puerta, hay puesto un letrero; lo leéis, y no salís de vuestro asombro: todas vuestras deudas os serán perdonadas, si tan sólo os pasáis por el mostrador y las declaráis. Entráis, temiendo que haya gato encerrado, pero no; una pequeña confidencia, y ¡ya no más deudas! ¡Seréis libres! -otro aeluya del coro-. Por supuesto, el que sea tan tonto como para callar, seguirá cargando con sus problemas, convertido en un moroso, y le aguardarán el embargo y la cárcel, o bien una vida desordenada -la voz subió de volumen cincuenta decibelios-. ¡Así, tan sencilla es la confesión, hermanos! ¡El que quiera desprenderse de sus pecados, y alcanzar la felicidad eterna, que venga a mí, sin temor! ¡Libraos de vuestras cargas! ¡Os espero!

El coro alcanzó un paroxismo sonoro, acompañado por una atronadora orquesta invisible, mientras los fieles invadían el estrado, pidiendo confesión. Algunos se revolcaban por el suelo entre convulsiones epileptoides, echando espumarajos por la boca.

Tras media hora de baño de multitudes, el vídeo concluyó. Josephson encendió las luces del salón y contempló a los jóvenes. Advertía cierto recogimiento en ellos. «*Gracias, Señor; presiento que esta jornada será memorable*».

- Bien, hijos míos, habréis comprobado la sencillez de nuestros principios. Todo comienza por una simple confesión; el alma se siente más ligera, y puede recibir la Palabra de Dios sin trabas que dificulten su comprensión. Así que, ¿se atreve alguien a confesar sus pecados? No os preocupéis; seré como un padre para vosotros.

Una chica levantó el brazo.

- Reverendo, ¿qué significa la palabra *pecado*?

- Según mi diccionario universal abreviado -respondió otra, antes de que Josephson pudiera abrir la boca-, es «*cualquier cosa que se aparta de lo recto y justo, o que falta a lo que es debido*».

- ¿No podría ser más explícito?

Efectivamente, la jornada fue memorable.

20

SEXTO DÍA:

Aarón terminó de leer la pila de folios que tenía delante y alzó la vista.

- Y ésta fue la vida de Santa Gertrudis de Aldebarán, virgen y mártir, uno de los pilares de nuestra Iglesia. Por supuesto, no profirió un gemido mientras era violada, descuartizada y convertida en empanadillas y pinchitos por la tribu que había probado a evangelizar. Su alma fue directa al cielo, desde donde vela por nosotros, plena de amor de Dios. Confío en que la lectura de estas cuarenta y siete vidas ejemplares os haya mostrado las diferentes vías de alcanzar la santidad. Recordad: como enseñan nuestros grandes maestros, debemos esforzarnos por ser santos, cada uno según sus capacidades. ¿Qué pensáis vosotros al respecto?

Una joven se levantó.

- A modo de resumen, parece que para ser santo se necesita matar infieles, no comerse una rosca o tener una muerte lo más desagradable posible. ¿Me olvido algo?

- Recuerda a San Esteban de Pólux; las aportaciones económicas a la Iglesia también elevan a los altares -apuntó alguien desde la última fila.

Aarón carraspeó; las anteriores sesiones lo habían preparado para sufrir, y no estaba dispuesto a retroceder donde los demás habían fracasado. Él convertiría a esas ovejas descarriadas; era su destino, su misión. Tomó la mano de Sophie, su mujer; un toque de ternura contribuía a ganarse al público, o eso decía el *Manual para el Perfecto Predicador*, de la editorial *Torre de Luz*. Compuso su expresión facial más lograda, la de santo varón indulgente, que trata

de explicar algo trascendente a criaturas atolondradas.

- Vuestras apreciaciones se centran en aspectos externos, meros detalles que examinados aisladamente tergiversan la realidad. Si realizáis una lectura más profunda, comprobaréis que Dios ama sobre todas las cosas la entrega, la renuncia a los placeres; en suma, el sacrificio -se levantó y se aproximó al auditorio; según el Manual, eso establecía una comunicación distendida, franca-. Todos estos santos, hombres y mujeres, dieron algo de su vida para servir a la Iglesia, es decir, a los demás, y exaltar la Majestad Divina con sus actos. Son el faro que ilumina el camino a seguir que, por supuesto, no necesariamente ha de ser tan duro como el suyo. La santidad se alcanza a veces mediante pequeños gestos que, repetidos día a día, nos abrirán las puertas del Paraíso. A veces basta una simple contribución económica, una pequeña parte del salario; en ocasiones, podemos emplear nuestra posición laboral o social para traer nuevas almas a la Obra de Dios, o para introducir a verdaderos creyentes en puestos clave. Pensad que el Juez Supremo nos preguntará, cuando comparezcamos ante ÉL, si empleamos todos nuestros recursos para mayor gloria de Su Iglesia, salvando así a otros hermanos nuestros.

- Parece interesante -admitió la joven-. Por cierto, ¿qué hacen ustedes para ser santos? Su ejemplo personal nos ayudaría a tener más elementos de juicio.

Aarón trató de parecer a la vez orgulloso y humilde, una tarea difícil. Exhibió su más cálida sonrisa:

- Sophie y yo practicamos algo que es especialmente grato a Dios: la castidad. Desde que nos conocimos, hace nueve años estándar, nuestra unión se ha basado en la afinidad de espíritu, y la lectura conjunta de las Sagradas Escrituras y las obras de los Padres, que luego comentaremos, en amor y compañía. Ser casto es...

Aarón se detuvo en seco. La chica había empalidecido de repente y, como si un negro espanto se abatiera sobre ella, temblaba sin poder disimularlo. El imperial trató de hablarle, pero se apartó y se encogió sobre sí misma. El resto del auditorio se removía inquieto en los asientos, y algunos se habían incorporado y lo miraban como si de un apestado se tratara. Los canoides, haciéndose eco del lúgubre estado de ánimo creado en el salón, ladraban desafortadamente y gemían.

Un muchacho gordo se levantó de su asiento y se dirigió a la última fila. Con amables palabras y alguna patada en el trasero logró calmar a los canoides, y consiguió restablecer la tranquilidad. Seguidamente, evidenciando un considerable aplomo, se acercó hacia donde estaba la chica y le pasó la mano por la cabeza. Ella se relajó un tanto, y lo miró agradecida. Los imperiales se habían asustado, y no entendían nada. El muchacho habló en voz alta y bien modulada:

- Skradda, tu comportamiento es infantil, indigno de una persona de tu formación. Se te ha enseñado a ser comprensiva con los demás, y a respetar sus costumbres, siempre que no sean agresivas.

- Sí, pero la castidad... -se estremeció-. Es algo contra natura, parece...

- Para ellos es normal; piensa en el relativismo cultural, o la subjetividad del sentido estético. Opino que debes disculparte.

- Tienes razón, S'M'Kdhakh; estoy avergonzada.

Skradda, vacilante, se acercó al boquiabierto Aarón y, sin atreverse a mirarle a los ojos, le ofreció la mano, que aún temblaba visiblemente.

21

SÉPTIMO DÍA:

Los jóvenes, que ocupaban sus puestos en el salón de actos, se miraron entre sí, extrañados.

- Parece que hoy no ha venido nadie.
- ¿Qué les habrá pasado?
- A lo mejor se han mosqueado...
- Ya os dije que, en los cuestionarios, debíamos responder lo que a ellos les gustaba oír, no lo que pensábamos. Sois unos cabezotas.
- Arf, arf.
- Es una pena; no me había divertido tanto desde que el sipunculeador de los giripordios antracé las fléptolas de la Plaza Mayor, hace tres años.
- Desde luego, mira que hay gente rara, ¿eh?
- Y no les pudimos decir lo de la Base, maldita sea.
- Lo siento por Amaygaday; el pobre se va a llevar un disgusto...
- Deberíamos ir a consolarlo. ¿Quién se apunta?
- Arf.

22

Lord Filstrup tomó posesión de su nuevo despacho en el corazón de la Base. Dio una palmada y los polarizadores de las paredes se desactivaron, mostrando el exterior. Bajo el cuidado de los jardineros, el césped lucía verde y lozano, y las palmeras plantadas en torno al edificio habían agarrado bien; eran auténticos ejemplares de washingtonia, el árbol nacional del Imperio.

Se sentó y pasó la mano por el tablero de la mesa, de auténtico plástico noble. Los ordenadores, comunicadores y holopantallas aparecían dispuestos en perfecto orden, limpios y relucientes, como el resto de la habitación. Dentro de poco más de un mes, toda la Base estaría así, y se sentía orgulloso de ello.

Pidió un informe y una impresora se lo proporcionó, solícita. Las construcciones estaban terminadas; sólo restaba la compleja tarea de instalar los aparatos de precisión pero, estaba seguro, sería llevada a cabo con pericia exquisita. Se sentía como un padre primerizo que asiste ilusionado a la gestación de la criatura, esperando impaciente el momento del nacimiento. Por eso había decidido abandonar la *Courageous* e instalarse en la Base.

Un zumbido lo sacó de tan placenteras meditaciones. Apretó el botón del comunicador interno.

- ¿Qué sucede? Creo que dejé bien claro que no deseaba ser molestado -su tono era severo.

- Los nativos han traído un presente para vos, milord -la voz vacilaba un poco-. Según ellos, es una muestra de afecto por haberos decidido a morar en Galadriel.

- ¿Cómo se habrán enterado? -murmuró-. En fin, ¿de qué se trata? No creo que sean tan idiotas como para enviarme un paquete explosivo.

- El regalo ha sido analizado exhaustivamente, y es inofensivo. Se trata de un contenedor lleno de mollejas de gandulfo en escabeche liofilizadas, milord.

- Vaya, les debe de haber costado una fortuna; qué amables -se lo pensó un momento-. ¿Dónde está ahora mismo?

- En la cabina de seguridad número tres, milord.

- Creo que iré a echar un vistazo. El día es agradable, e invita al paseo.

Una escolta lo aguardaba a la puerta del despacho, y lo acompañó hasta la garita de vigilancia. Lord Filstrup caminaba lentamente, mirando a su alrededor, rebosante de satisfacción. Hacía sol, una suave brisa mecía las hojas de las washingtonias, y las obras proseguían según el plan previsto.

El contenedor con las mollejas estaba sobre una mesa, custodiado por guardianes que no

podían evitar lanzarle miradas de deseo. Necesitarían ahorrar medio año de sueldo para poder permitirse pagar un plato de tan exquisito manjar. El comandante llegó, saludó y examinó el regalo.

- ¿Dos docenas? -se le escapó un silbido de admiración-. Se han gastado un dineral para mostrar un afecto que probablemente no sienten. Me temo que aquí hay gato encerrado. ¿Sargento?

El aludido se cuadró.

- Un sobre con un mensaje acompañaba al contenedor, milord. Lo tenéis encima de la mesa.

Lord Filstrup, intrigado, lo tomó y leyó en voz alta su contenido.

- *«Estimado representante del Imperio: Nos congratulamos del honor que hace a Galadriel decidiéndose a habitar entre nosotros. Confiamos en que su estancia sea agradable y feliz. Para que el éxito corone su empresa, consideramos que sería una sabia decisión recibir a una embajada que, además de nombrarlo hijo adoptivo de Valinor, le comentaría ciertos aspectos peculiares sobre la llanura donde están erigiendo la Base»* -no pudo continuar; rojo de ira, arrugó el papel y lo hizo una bola-. ¡Me tienen harta estos imbéciles! Se les metió en la cabeza que edificáramos la Base en otro sitio, y no pararán de recordárnoslo. Si de mí dependiera, los fusilaría a todos. Hasta el reverendo Josephson, de ordinario tan moderado, no para de recorrer los pasillos de la *Courageous*, con una cruz en la mano, llamando a quien desee escucharle a la Guerra Santa contra esos infieles...

Lanzó una mirada al contenedor con las mollejas, y su enfado se mitigó un tanto, a la vez que se le hacía la boca agua. Respiró hondo y, con una sonrisa en el rostro, salió al exterior. Arrojó la bola de papel al aire y, antes de que cayera al suelo, sacó una pistola de plasma, apuntó y acertó, convirtiendo al mensaje en cenizas que la brisa esparció por doquier.

- No he perdido reflejos -los soldados aplaudieron-. Envíen ese contenedor a la cocina de jefes y oficiales. Basta de holgazanear; cada uno a su puesto.

La escolta lo acompañó a su despacho. Una vez dentro, pidió un vaso de bourbon con hielo, para relajarse. Mientras lo bebía, su mente daba vueltas a la tozudez de los nativos. *«No sé qué tienen contra esa dichosa planicie. Hasta el nombre con que la bautizaron es ridículo: Llanura de las Ilusiones Perdidas»*. Sin embargo, tras el cuarto bourbon ya fue capaz de pensar en otras cosas.

23

Amaygaday leyó la nota que le había pasado Marel-la, con gesto contrariado, y la arrojó al suelo para que Blub la fagocitara.

- Lo del regalo tampoco funcionó; nunca creí que la comunicación entre seres de la misma especie fuera tan complicada -suspiró.

- Pues por lo visto, sólo les falta instalar los aparatos para que la Base esté concluida, amigo mío -la mujer se despezó, y los numerosos chips de sonido que se ocultaban en su diminuto vestido emitieron un tintineo sensual-. Creo que el desenlace que temíamos es inevitable.

- Marel-la, aunque pierdan los edificios, todavía pueden salvar los componentes delicados, sin duda los más caros. Pienso que nos lo agradecerán.

- ¿Y qué quieres que hagamos? Hemos actuado de niñeras, de sufridos oyentes, les enviamos obsequios... Podríamos empapelar Valinor con mensajes de aviso, pero nunca pasan por aquí; se han acantonado todos en la Base, y huyen de nosotros como de la peste. Son como críos; cuando no pueden emplear sus armas, quedan absolutamente despistados.

Amaygaday se dirigió hacia una ventana a pasos lentos. Puso las manos a la espalda y

habló, con tono solemne:

- Creo que debemos recurrir a medidas extremas. Incluso seres tan obtusos como los militares imperiales no vacilarán en escuchar al Ave Sagrada.

Marel-la, que había adoptado una pose indolente, alzó súbitamente la vista.

- ¿Tan en serio te lo has tomado? -una mirada a los ojos del hombre fue elocuente-. De acuerdo, amigo, tú ganas. Tendremos que hacerlo.

24

El Gran Templo de la Pentasofía Ideógena era lo más parecido a un monumento nacional que había en Galadriel. Fue una de las primeras construcciones edificadas, siglos atrás, por los primitivos colonizadores centaurianos, miembros de una olvidada secta que trataban de alcanzar la omnisciencia recitando mantras, al mismo tiempo que alzaban la pierna izquierda y tocaban unas panderetas que pendían de las orejas. Olvidada su función primigenia, sólo se abría en caso de grandes solemnidades; hasta para los ateos representaba al espíritu de Galadriel, vivo y en constante renovación.

La ceremonia que iba a tener lugar era poco corriente. Tan sólo dos o tres veces por década el Ave Sagrada era convocada. La última ocurrió siete años atrás, cuando estalló una epidemia de autocompasión entre los cuidadores de gandulfos; sólo el mágico bálsamo de las palabras del Ave pudo calmarlos, y consiguió que retornaran a sus puestos de trabajo.

La Unción del Ave Sagrada tenía un significado profundo, místico, un toque de maravilla que no podía escapar ni a un observador ocasional. Cada uno ponía parte de sí mismo en el Ave Sagrada, que era enviada a su misión respaldada por un torrente de solidaridad, después de una ceremonia plena de trascendencia.

En el coro del templo, un grupo de ancianos salmodiaba las Doce Sílabas de la Estasis Perpetua, mientras que dos jóvenes respondían con la Modulación Inefable. Diez Blubs, dispuestos en fila india, emitían pseudópodos según pautas que evidenciaban un significado oculto, comprensible tan sólo por ellas/ellos. Los jefes de los Grandes Clanes de canoides levantaban y bajaban las cabezas siguiendo los acordes de una celesta, manejada por un eunuco bicéfalo, como requería la tradición. Los miembros del Consejo aguardaban de pie, vestidos con túnicas a rayas azulgranas, mientras que los oficiantes meditaban en unos nichos dispuestos al efecto.

El Pájaro Whakkamole penetró en el templo por la puerta principal, seguido por el Hermano Adiestrador, que atusaba su plumaje con un cepillo ceremonial de pelo de gug. El Pájaro caminaba con la solemnidad que sólo los de su especie podían alcanzar, mientras que el Hermano trataba de contener las lágrimas. Su criatura, tras años de amorosas lecciones y duro entrenamiento, iba a cumplir una misión; contradictorios sentimientos embargaban su mente.

El Pájaro Whakkamole se detuvo ante el primero de los oficiantes, con túnica gris. Hizo una genuflexión sólo posible gracias a las peculiares articulaciones de sus patas.

- Furufufú ak ak -dijo, y fue respondido con reverencias.

El oficiante tomó un frasco de óleo perfumado, untó sus dedos en él y trazó dos círculos en torno a los ojos del Pájaro.

- Que tu vista sea aguda, para el cumplimiento de la Sagrada Misión -dicho esto, se retiró.

El segundo oficiante, con leotardos amarillos y sombrero de copa rosa, tomó un violín centauriano de una sola cuerda y sin trastes y, con un arco de pelo de gandulfo núbil, extrajo melancólicas notas, que acompañó con una danza lenta sobre una sola pierna.

- Que tu oído sea fino, para el cumplimiento de la Sagrada Misión.

El tercer oficiante, con un jersey azul celeste, realizó unos ejercicios gimnásticos.

- Que no te flaqueen las fuerzas y tus alas te lleven hacia tu destino, para el cumplimiento

de la Sagrada Misión.

El cuarto oficiante, una mujer desnuda con el cuerpo pintado de rojo, tomó una daga de obsidiana y se abrió una herida en el brazo izquierdo. Mojó un hisopo en su propia sangre y asperjó al Pájaro Whakkamole.

- Que tu valor no flaquee, para el cumplimiento de la Sagrada Misión.

El quinto oficiante, un anciano cuyos rasgos estaban ocultos bajo una capucha verde, puso sus manos sobre la cresta del Pájaro.

- Que la memoria no te falle, y la sabiduría vuele contigo, para el cumplimiento de la Sagrada Misión.

La celesta calló, y los canoides entonaron un aullido bajo, lastimero. El Pájaro Whakkamole se dirigió hacia los miembros del Consejo, que lo abrazaron con fuerza y le musitaron palabras cariñosas. Para una criatura con un nivel de empatía tan alto, el sentirse apoyada, amada, querida, le daría fuerzas para ejecutar su cometido superando todas las dificultades. Finalmente, Amaygaday le colocó ajorcas de oro y platino en los tarsos, de las que pendían largas oriflomas polícromas, y recitó las palabras solemnes:

- Nuestro corazón vuela contigo, tus alas son nuestras alas. Yo te otorgo tu verdadero nombre: Harkudd, el Ave Sagrada -se arrodilló ante el Pájaro.

- Furufufú ak ak -le respondió éste.

El Hermano Adiestrador se aproximó, y condujo a Harkudd bajo un palio que portaban cuatro niños. Le puso una mano en la cabeza y le habló, con voz clara y cuidadosa vocalización:

- Llevarás ante el comandante imperial este mensaje: «¡Oh, grande entre los grandes!»

- ¡Oh, grande entre los grandes! -repitió la criatura.

- «Porto un mensaje para vuestro bienestar futuro».

- Porto un mensaje para vuestro bienestar futuro.

- «La planicie donde habéis edificado la Base...»

25

El soldado raso Peter Flanagan estaba harto de aquel maldito planeta. No podía pensar en otra cosa, mientras se cambiaba el fusil de plasma de brazo y se disponía a dar otra ronda sobre la muralla defensiva de la Base.

«En los anuncios que ponían para convencerte de que te alistaras en las Fuerzas Armadas Imperiales no mencionaban esto; la próxima vez me leeré la letra pequeña».

Llegó hasta un parapeto, lo sorteó y continuó con su paseo. Por supuesto, no siempre había sido así. Tenía en su currículum tres invasiones a planetas bajo las órdenes de Lord Filstrup, y a cada instante que pasaba las añoraba más. *«Aquello sí era trabajo de hombres. Arrojábamos unas cuantas bombas, les pegábamos cuatro tiros a quienes osaban plantarnos cara, y aprendían enseguida a respetarnos. Es bonito que te consideren miembro de una raza superior, y que todo el mundo se desviva por hacerte feliz».*

El soldado raso Peter Flanagan no pudo evitar un suspiro. Había pasado toda su infancia en un mundo pobre, dedicado al pastoreo, la agricultura y la minería; en resumen, uno de tantos planetas que suministraban materias primas y servidores al Imperio. Jamás se arrepintió de enrolarse en el Ejército. Había pasado de ser el último mono en su pueblo a conocer el poder. En las tierras conquistadas ya no era necesario guardar colas, o agachar la cabeza ante los mayores o los más fuertes; todos le cedían el paso, podía entrar a ciertos espectáculos públicos sin pagar, comía de balde... Las razas inferiores eran complacientes, sumisas; comprendían por instinto el poder de persuasión de un fusil de plasma o, cuando se requería delicadeza, la moneda imperial era una divisa fuerte.

Las mujeres resultaban lo mejor de todo. En muchos mundos conquistados, donde el

nivel de vida del pueblo, tanto económico como moral, era mantenido muy bajo para evitar rebeliones, se podían conseguir niñas de doce años (o niños, en su caso) por unas cuantas monedas, cuyo único fin era hacer felices a los valientes guerreros. Y no siempre había que pagar; violar a una nativa, especialmente delante de sus parientes, los cuales no osaban hacerles frente (una pena, porque eso implicaba más diversión), hacía experimentar una sensación de poder embriagadora. Algunas se resistían más que otras, pero el soldado raso Peter Flanagan estaba convencido de que, en el fondo, les gustaba. Las mujeres de otros planetas eran todas unas guarras; no como su madre, una auténtica santa.

Evidentemente, se había presentado voluntario para esta misión, ya que con Lord Filstrup siempre obtuvo grandes beneficios. Por desgracia, en cuanto llegaron a Galadriel, se dio cuenta de que le habían tomado el pelo. Todo era por culpa de los malditos sacerdotes, estaba convencido; sólo había que ver la cara de circunstancias del comandante, cuando los reunió a todos y amenazó con un consejo de guerra sumarísimo al que tocara un pelo de los indígenas. Conociendo su severidad, nadie se atrevió a desobedecer, y así les iba.

El soldado raso Peter Flanagan dejó por un momento el fusil en el suelo, bebió un trago de agua de la cantimplora y se rascó la entrepierna. El Alto Mando Imperial, considerando que mantener a tantos hombres en abstinencia sexual forzosa sólo podría traer consecuencias desagradables, incluyó en la *Courageous* un orgasmatrón; según los especialistas, era el mejor simulador erótico de la galaxia. Para la tropa se trataba de un pobre sustituto, pero se conformaron y lo utilizaron intensivamente. Probablemente, esta sobrecarga en la actividad provocaba fallos ocasionales. El soldado raso Peter Flanagan había sufrido ya varios calambres por culpa del dichoso aparato, pero lo del último día fue peor. En plena ensoñación lujuriosa, hubo una extraña interferencia y se le apareció un sermón del reverendo Jones, en el que se criticaba sin misericordia la indecencia, y se pasaba un hiperrealista documental sobre las enfermedades venéreas y sus nefastas consecuencias. Desde entonces no había vuelto a experimentar una erección.

El soldado raso Peter Flanagan, rezongando, prosiguió su ronda. De repente, divisó algo extraño en el cielo. No conseguía determinar su naturaleza, pero al aproximarse cayó en la cuenta.

- ¡Coño, un pavo!

Nunca había visto en la realidad a uno de esos animalejos, pero en las latas de comida especial que les entregaban el día de Acción de Gracias venían dibujados algunos bichos semejantes. Además, su madre (una santa) siempre le había hablado de ellos, y le decía que no eran criaturas fabulosas, sino que una vez existieron en la Vieja Tierra. De niño, el soldado raso Peter Flanagan había soñado con bandadas de miles de pavos surcando el cielo, camino de los mares del sur, al son de melodiosos trinos. Y, por azares del destino, había venido a toparse con uno en un planeta infecto. Sin pensárselo dos veces, se echó el fusil de plasma a la cara y disparó.

Sonó una detonación, y una cosa chamuscada cayó en barrena, entre un revoloteo de plumas, emitiendo un graznido que sonaba, más o menos, como: «*Oh-grande-entre-los-grandes-porto-un-mensaje-para-vuestro-bienestar-futúroooooo...*»

¡PAF!

Débilmente, se oyó: «*Furufufú... ak... ak...*», o algo así, y luego, el silencio.

El soldado raso Peter Flanagan se rascó la cabeza. «*Vaya un pavo más raro; casi parecía hablar. Creo que me sentó mal la cena*». Se encogió de hombros y prosiguió con su ronda.

contempló al despojo negruzco y emplumado que reposaba sobre la mesa. Los miembros del Consejo de Galadriel también guardaban un respetuoso silencio. El Hermano cubrió con su capa al Pájaro Whakkamole, lo tomó en sus brazos y se lo llevó consigo, para rendirle el postrar homenaje. Más adelante, como era su deber, se sajaría las carnes con un cuchillo de cobre, embadurnaría sus cabellos con ceniza de whangk, y entregaría a Harkudd a los suyos, para el banquete funerario. Después se retiraría a algún apartado rincón, tal vez al Archipiélago de Klanguur, y se encerraría en una celda para llorar la muerte de su protegido, al que había visto crecer desde pequeño, y cuya educación le reportó tantas satisfacciones.

Cuando se hubo marchado, Amaygaday miró al resto del Consejo. Tomó la palabra, y su voz no vaciló:

- Amigos, hemos comprobado cómo los imperiales han boicoteado todos los intentos de advertirles sobre la Llanura de las Ilusiones Perdidas. Haciendo caso omiso de nuestros consejos, es más, despreciándonos abiertamente, parecen resueltos a construir su Base militar. Así pues, hemos de decidir la actitud a seguir a partir de ahora. Os ruego una respuesta meditada, justa y coherente.

Se hizo el silencio. Las caras eran graves; las expresiones, ceñudas. Al cabo de unos minutos, se pusieron en pie y, al unísono, emitieron su veredicto:

- ¡QUE SE VAYAN A TOMAR POR CULO!

27

Por fin, un bello y soleado día, las obras de la Base tocaron a su fin. Los obreros cedieron su puesto al personal de limpieza, y todo el complejo quedó reluciente, inmaculado, listo para la ceremonia de inauguración.

Por supuesto, el acto sería puramente protocolario. Se había elegido un atardecer en el que las tres lunas de Galadriel aparecerían juntas en el firmamento, justo encima del sol, ofreciendo un espectáculo soberbio, o eso auguraban los astrónomos. También habría hermosas palabras por parte de los mandos militares, los sacerdotes, y hasta algunos nativos, si tenían el valor de presentarse y se comprometían bajo juramento a mantener una conducta decorosa. Sin embargo, la puesta en marcha de la Base ocurriría mucho antes.

Lord Filstrup trajo un teclado ante sí y se dispuso a marcar la orden que haría operativas todas las instalaciones. Respiró hondo, y saboreó el momento, probablemente el más importante de su vida.

- En nombre de Su Sagrada Majestad, adelante -murmuró, e introdujo un complejo código.

Como un monstruo que despertara tras un prolongado letargo, la Base fue activando sus sistemas, uno tras otro. Terabytes de información fluyeron ordenadamente por los cables ópticos, resucitando terminales, ordenando chequeos, relacionando partes dispersas. Kilómetros de subterráneos se iluminaron, y los ordenadores de miles de armas aguardaron al mandato de fuego.

Pero la Base no se limitaba al planeta. Invisibles hilos de energía la conectaron con la *Courageous*, y la información se extendió como una red por todas las sondas y aparatos que el acorazado imperial había diseminado por el sistema. Pocos minutos después, el último «*sin novedad; todo en orden*» fue radiado a Lord Filstrup, quien ahora controlaba una inmensa porción del Cosmos. Cualquier nave corporativa que tratara de invadir sus dominios, aunque tuviera el tamaño de una manzana, sería detectada y aniquilada al instante, si se estimaba necesario. A través de varios parsecs cúbicos, el Imperio había tejido una telaraña inexpugnable.

28

El acto de inauguración de la Base fue organizado de forma impecable. Galadriel nunca había presenciado un desfile militar mejor preparado, unas acrobacias aéreas más arriesgadas, unos discursos más vibrantes. En el cielo de poniente, el sol se resistía a ocultarse, coronado por tres lunas en las que parecía que un artista hubiera empleado sus colores más delicados, que se fundían unos con otros en un calidoscopio fascinante. Unas nubes altas, que enrojecían conforme avanzaba el crepúsculo, otorgaban calidez al paisaje. Poco a poco, las luces de la Base se encendieron, componiendo un inmenso tapiz luminoso.

Lord Filstrup terminó su discurso, una sarta de tópicos sobre la unidad de los hombres y las tierras del Imperio, promesas de un futuro mejor y zarandajas parecidas que le habían preparado sus asesores. El militar respondió a la atronadora salva de aplausos, magnificada por unos altavoces estratégicamente dispuestos, y saludó a las tropas marcialmente formadas, levantando los brazos y haciendo la señal de la victoria.

Repasó mentalmente el programa de actos, mientras se retiraba al palco y se sentaba en una cómoda butaca forrada de terciopelo rojo. Si la Base hubiera sido edificada en otro planeta, previamente pacificado por sus fuerzas, ahora llegaría el turno de la inquebrantable adhesión de los indígenas, con el inevitable grupo de coros y danzas, que daría sabor aborígen al espectáculo y haría las delicias de los presentes. Sin embargo, los nativos de Galadriel no se mostraban tan colaboradores y, de todos modos, al comandante le producía escalofríos imaginar otra ceremonia como la que ofrecieron a modo de bienvenida.

«Al menos, ese majadero de Amaygaday ha tenido la deferencia de acceder a pronunciar unas palabras de buena voluntad. Sin embargo, no logro entender esa manía de negarse a hablar antes de las 19:40, hora local. Debe de significar algo importante para ellos ya que, a cambio, ese degenerado aceptó vestir un traje gris, en vez de los horrores que emplean habitualmente. Si al final quedamos todos contentos, aleluya; estoy deseando salir de este maldito sistema y realizar una incursión bélica como mandan los cánones».

Lord Filstrup miró a su alrededor. Por primera vez, se percató de un hecho curioso: la afluencia de nativos era enorme. Ninguno de ellos se hallaba en la planicie, sino que aguardaban a un kilómetro de distancia. A través de unos binoculares, se apercibió de que absolutamente todos llevaban una cámara de vídeo. *«Caramba, qué pintoresco; nunca supuse que semejante festejo pudiera interesarles».*

El militar se encogió de hombros, y se aprestó a soportar el penúltimo acto, el sermón religioso, con bendición de las instalaciones inclusive. Se alegró de haber tomado una píldora estimulante antes de la ceremonia, porque si no, estaba seguro, el poder soporífero del reverendo Josephson lo pondría a roncar en un espacio de tiempo sorprendentemente breve.

El sacerdote ocupó su puesto en el estrado, escoltado por sus acólitos. Tres de ellos dispusieron un valiosísimo incunable de las Sagradas Escrituras, que debería de pesar cuatro arrobas, sobre un atril. Se retiraron, sudando la gota gorda, pero felices; les habían asegurado que esa tarea condonaba diez semanas de purgatorio. Su sitio fue ocupado por un adolescente de aspecto delicado, que pasaba las páginas del libro ayudado por unas pinzas forradas de seda.

Josephson había escogido para la ocasión varios pasajes de las Escrituras en los que se narraban las victoriosas campañas militares de los Guerreros de Dios. Mostró cómo éstos eran depositarios de las más nobles virtudes humanas y, sobre todo, que su fe en Dios les permitió derrotar a malvados y pérfidos enemigos que osaban hacerles frente, aunque fueran muy superiores en número. Sin duda, tales pecadores merecían ser masacrados; además de ateos, moraban en la Tierra Prometida sin permiso, con total desfachatez.

El sermón prosiguió, aderezado con numerosos comentarios de la cosecha del reverendo, y finalizó entre gritos vehementes, que alababan la Gloria del Altísimo y sacaron de su modorra a varios oficiales. Eran las 19:30, hora local.

Josephson se secó el sudor de su frente, y pidió un hisopo con mango de plata, terminado

en una esfera de oro hueca, perforada por numerosos agujeritos. Con gran solemnidad, la sumergió en una ornamentada zafa llena de agua bendita, y se dispuso a pronunciar las palabras de ritual. En esos momentos, los cronómetros marcaban las 19:35.

29

Los asistentes a la ceremonia de inauguración estaban felices; ya quedaba poco para terminar y poder dirigirse a los comedores, donde sería ofrecida una opípara cena como colofón del magno evento. Alzaron la vista, y observaron al reverendo Josephson arrodillarse. Todos los imperiales lo imitaron, devotos. La voz del sacerdote, con una claridad y potencia fruto de muchas jornadas de ensayo, se oyó en toda la planicie:

- Hijos míos, la obra que entre todos habéis llevado a cabo agrada a Dios, ya que ha sido hecha en Su Nombre y para mayor gloria del Imperio y de su Iglesia -se incorporó, aunque los demás permanecieron de rodillas, con la cabeza gacha y la mano derecha en el corazón-. Pero nada en esta vida podrá aspirar a tener éxito, si no va acompañado de la Bendición Divina -tomó el hisopo, y efectuó las aspersiones de ritual-. Que Nuestro Señor tome bajo Su tutela esta Base, y...

El reverendo se detuvo en medio de la frase, perplejo. Un extraño chirrido, que parecía provenir de todas partes, fue ganando en intensidad, al tiempo que el cielo vespertino se teñía de una extraña tonalidad amarillenta.

Los nativos de Galadriel conectaron sus cámaras de vídeo y se dispusieron a filmar.

La arena y las piedras que cubrían la Llanura de las Ilusiones Perdidas comenzaron a vibrar de forma notoria, como si desearan interpretar una alocada danza. Poco a poco, el chirrido se convirtió en un rugido, y los movimientos del terreno pasaron a ser violentos temblores que, misteriosamente, no afectaban a las zonas limítrofes, desde donde los nativos grababan lo que sucedía y cruzaban comentarios entre sí.

De repente, una colosal grieta rasgó el suelo, y se tragó prácticamente a todos los imperiales presentes. Tan sólo el palco de las autoridades, situado a un lado, quedó indemne. La grieta se abrió y cerró varias veces, con unos movimientos que parecían masticatorios, reduciendo a escoria la Base y todo su contenido. Los ordenadores imperiales, al verse perdidos, ejecutaron la instrucción prevista para tales circunstancias. La *Courageous*, así como todas las navecillas y sondas esparcidas por el sistema de τ -Draconis, se autodestruyeron.

El paroxismo tectónico cesó al fin. La tierra se abrió por última vez, y emitió un sonido que recordaba a un colosal eructo, acompañado de unas nubecillas anaranjadas. La planicie quedó en reposo, tan lisa como siempre, dando la impresión de que nada había sucedido.

Eran las 17:40, hora local.

30

Amaygaday se dirigió hacia lo que quedaba del palco imperial, donde apenas treinta supervivientes miraban alucinados a la llanura. Llegó hasta donde estaba Lord Filstrup, que recordaba a una estatua de cera, muy pálido e incapaz de mover un músculo. El nativo le dio una palmada en la espalda y habló con tono afectuoso:

- Ya sé que no parece el momento más oportuno para discutir sobre Ciencias Naturales, pero creo que es necesario. Cada quince años de Galadriel, coincidiendo con la conjunción de las tres lunas, se produce en esta planicie un peculiar espasmo geológico, que nosotros denominamos «*El Flato de Dios*». Sin duda, la denominación les parecerá irreverente, pero es sumamente gráfica. Sucede invariablemente en esta fecha, y todos los intentos por explicarlo han fracasado. Resulta insólito: está en medio de un bloque continental, lejos de dorsales, zonas de subducción o

puntos calientes de la astenosfera. Teóricamente, es la zona más estable del planeta, pero nuestros antepasados se dieron cuenta pronto de que no podían fiarse de ella.

Algunos nativos más llegaron al palco. Amaygaday prosiguió:

- Intentamos decírselo de todas las maneras posibles, mas no nos hicieron caso. Supongo que sus jefes estarán un poco enfadados, y exigirán ciertas responsabilidades. La verdad, es una pena lo de la Base; tanto dinero y esfuerzo, para nada. Sin embargo, debe quedarles una satisfacción: nos han permitido captar en vídeo las imágenes más impresionantes de la Historia de Galadriel. Y era difícil: tantos días en el año, y mira que venir a elegir precisamente éste... - hizo una pausa y miró a la llanura-. También lamentamos la muerte de toda su gente; quedan invitados a las honras fúnebres que serán realizadas en su memoria. Somos conscientes de su confusión actual; se hallan ustedes en un planeta extraño, desarmados, sin hogar ni amigos. Mientras se toma una decisión sobre su futuro, Marel-la se hará cargo de los supervivientes. La hemos nombrado responsable del servicio de acogida a refugiados. Mi más sentido pésame, señores -hizo una reverencia y se marchó.

- Lo acompaño en el sentimiento, Milord -dijo Marel-la-. Ya sé que ustedes aman mucho el protocolo, pero hay otros miembros de su grupo que necesitan urgentemente atenciones. Al reverendo Josephson se le ha puesto la cara azul y se ha desmayado. ¡Muchachos, ayudadme!

Un voluntarioso grupo de canoides, con un peto blanco en el que aparecía dibujada una cruz roja, se hicieron cargo del sacerdote, entre saltos y cabriolas. El religioso fue colocado sobre una camilla y transportado a paso rápido y bamboleante hasta una ambulancia.

Lord Filstrup reaccionó, por fin. Miró a su segundo, que había permanecido junto a él todo el rato, apoyó la cabeza en su hombro y rompió a llorar mansamente.

31

El comandante del portanaves corporativo *Tsiolkovski* apartó la vista de los monitores, en los cuales el planeta τ -Draconis-2, bautizado como Galadriel, giraba perezosamente; gran parte de su superficie quedaba oculta por nubes blancas, que se arremolinaban en complicados torbellinos. Se dirigió hacia una pantalla vecina, donde aquel mundo había quedado reducido a una esfera amarilla, en la que se realizaban los meridianos, paralelos, continentes y, sobre todo, los puntos donde habrían de ser lanzadas, en caso necesario, las bombas AM que reducirían al planeta a una bola estéril. Sonrió satisfecho; todo estaba bajo control. Llamó a su segundo.

- ¿Sí, señor? -el joven era carne de Academia, en su más puro estilo: apuesto, fornido, competente, servicial y con deseos de progresar en el escalafón.

- ¿Restos de asentamientos o naves del Imperio? -preguntó, sin ceremonias; siempre le gustaba ir directo al grano.

- Nada, señor. De acuerdo con los bancos de datos, el sistema τ -Draconis quedó aislado en tiempos del Desastre, cuando se perdió toda la tecnología MRL. No obstante, mantuvieron el comunicador cuántico operativo, y nunca perdieron por completo el contacto. Por lo que se deduce de sus mensajes, la sociedad retrocedió a una fase preespacial, con escasos progresos desde entonces. Obtienen su energía mediante generadores eólicos y estaciones solares orbitales, y la economía es estable. Tan sólo disponen de algunas lanzaderas, que les ayudan en tareas de reparaciones de satélites artificiales; ni siquiera han fundado colonias lunares. No son rivales para nuestra tecnología, netamente superior, señor.

- Así me gusta -el comandante estaba realmente complacido-. Puede iniciarse la ocupación, y la ejecución de la tarea que nos fue asignada.

- A sus órdenes, señor -el joven saludó marcialmente y se fue.

¿FIN?